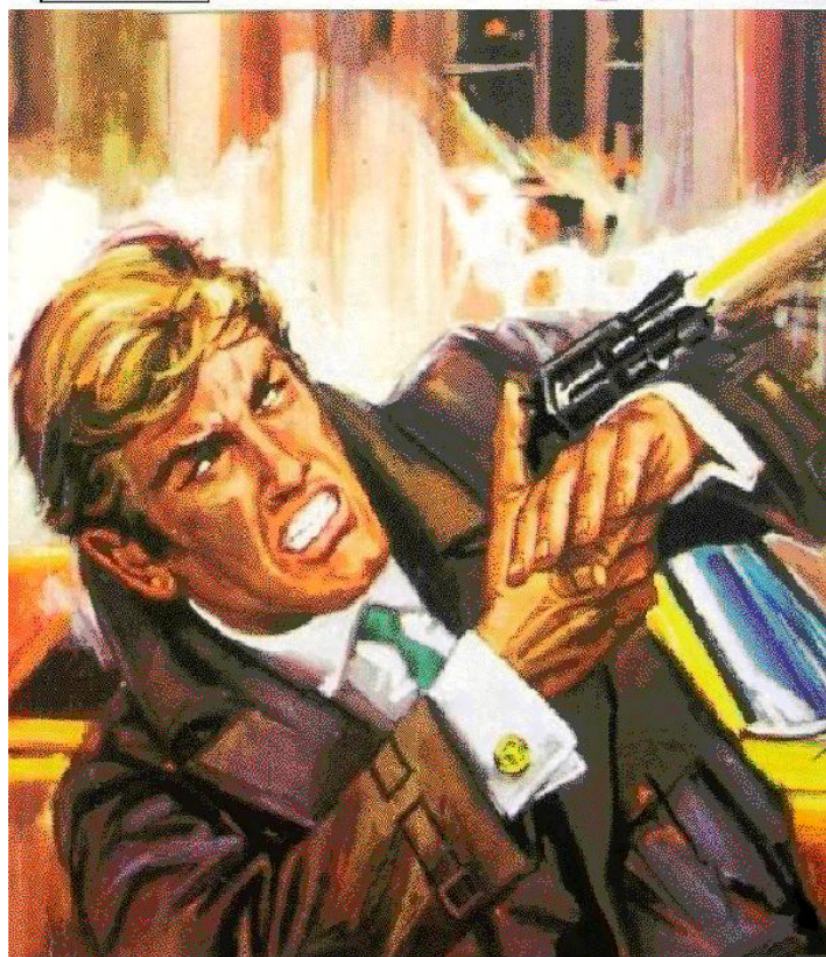


BOLSALBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

**MAS DIFICIL
TODAVIA**

Keith Luger



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

KEITH LUGER

MAS DIFICIL TODAVIA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 797
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 25.253 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: agosto, 1977

© Keith Luger - 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Bill el Melenas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.402 — Me casé con un vampiro.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

657 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

793 — Orden: acaben con los terrícolas.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASSES DEL OESTE:

951 — La caza de un forajido.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

396 — Relevo de un sheriff viejo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

Se estaba celebrando una importante recepción en el más suntuoso salón de un hotel de París.

Haciendo un alto en la guerra fría, para probar la buena voluntad de todos, se habían reunido allí los jefes de los Servicios Secretos de las auténticas potencias. Como no queremos herir susceptibilidades en las altas esferas, llamaremos a estos jefes por su nacionalidad: el inglés, el ruso, el francés, etc.

En la recepción, además de los altos patrones del espionaje, se veían muchos militares con brillantes uniformes repletos de condecoraciones, y muchos paisanos, algunos de los cuales se habían jugado la vida, ya en el campo Occidental, ya en el Oriental, por apoderarse de un secreto al precio que fuese.

De acuerdo con las líneas trazadas por la buena amistad, los jefes estaban sonrientes y contaban anécdotas, o historias relativas a su servicio que ahora, aunque se diesen a la luz, no tenían la menor importancia.

El americano y el ruso llevaban la voz cantante, como cabía esperar. Ellos habían hecho uso de los más grandes espías, de los más arriesgados, de los que se habían escrito las páginas más gloriosas.

El inglés, en el momento oportuno, habló de sus hombres, y también tuvo motivo para hacer un brillante papel.

El francés estaba en un principio silencioso, escuchando atentamente, como corresponde a un buen anfitrión.

Cuando terminó el inglés, el americano carraspeó y se dirigió al francés diciendo:

—Ustedes han tenido también muy buenos agentes especiales. Empezaron con

Mata-Hari

durante la Primera Guerra Mundial, y durante la Segunda tuvieron

a La Gata, que, si bien terminó por traicionarles, realizó muy buenos trabajos.

El inglés tosió porque el americano no había estado muy oportuno al decir aquello, pero de todos era sabida la rivalidad que existía entre Estados Unidos y Francia.

Sin embargo, el francés no se inmutó y dijo:

—Ustedes desconocen a nuestros mejores espías. Me refiero, naturalmente, a las dos guerras mundiales. Sin embargo, quizá ha llegado el momento de hablar de nuestros mejores hombres, porque en ellos concurre algo muy especial. Forman una dinastía.

El ruso estiró el cuello.

—No me gusta esa palabra.

—Ya sabemos que la palabra dinastía siempre se ha entendido refiriéndose a los reyes o emperadores, pero los americanos, hace casi un siglo, empezaron a utilizar la palabra para denominar a los hombres más poderosos de su industria o de su comercio. Así, se ha podido hablar de un rey del acero, de un rey del petróleo, de un rey del tabaco... Y ellos han tenido sus principales herederos que, en el momento oportuno, han sido coronados reyes del producto respectivo. Pues bien, caballeros, nosotros los franceses del Servicio de Información hemos tenido también nuestra dinastía. Una dinastía de espías.

—Un momento —intervino el americano—. ¿Se refiere a que el trabajo de espionaje se ha transmitido de padres a hijos?

—Ha entendido muy bien, míster —contestó el francés—. Aunque ya la dinastía fue destronada.

El ruso bebió un trago de vodka y, arrellanándose en el sillón, dijo:

—Creo que me gustará mucho conocer esa historia, si al final juega la guillotina.

—No, señor —dijo el francés—. No juega la guillotina, sino el fusilamiento.

—Da lo mismo una muerte que otra —se carcajeó el ruso—. Sigue siendo interesante.

El inglés sonrió y, tras beber un trago de té, dijo:

—Adelante, *monsieur*.

El francés dijo:

—Ustedes han hablado de

Mata-Hari,
nuestra más famosa espía, pero debo aclarar que

Mata-Hari

debe su fama más que a sus habilidades como espía a sus encantos como mujer. Era fascinante muy hermosa, y bailaba aquellas danzas orientales que cautivaban a su auditorio. No, no fue

Mata-Hari

nuestra mejor espía durante la Primera Guerra Mundial, sino Charles Borel.

—¿Charles Borel? —repitió el americano—. Jamás oí hablar de él.

—Ya he dicho que su historia ha permanecido secreta y sólo ahora puedo darla a la luz pública.

—¿Qué hizo Charles Borel durante la Primera Guerra Mundial?

—Charles Borel proporcionó al ejército francés todos los planes de nuestros enemigos en la batalla de Verdón.

Las palabras del francés cayeron como una bomba.

El americano se dirigió al inglés:

—¿Sabe usted algo de eso, mayor?

—Ni una palabra.

—¿Cómo es posible? ¡Ustedes y nosotros éramos aliados de los franceses!

El francés esbozó una sonrisa.

—Caballeros, fue el ejército francés quien ocupó un primer lugar en esa batalla. A decir verdad, fue la batalla más francesa de todas las que se disputaron durante aquella guerra. Además, el Alto Mando creyó oportuno no divulgar nuestro secreto por la sencilla razón de que podrían cometerse indiscreciones. Perdonen, caballeros, pero todos sabemos que nuestros servicios trabajaban con independencia, a pesar de ser aliados. Ustedes, los americanos, tienen secretos para nosotros y siempre los han tenido. Han dicho que nos informarán, pero esa información nunca ha sido al cien por cien.

El ruso se puso a aplaudir.

—Bravo, *monsieur*.

El americano le fulminó con la mirada.

El inglés creyó oportuno intervenir para que no surgiese un nuevo chispazo de guerra fría.

—¿Qué pasó con Charles Borel, *monsieur*?

—Charles Borel, después de habernos proporcionado sus maravillosos informes, que prácticamente significaron la victoria para los Ejércitos Aliados, volvió al campo enemigo... Con anterioridad había hecho otros trabajos, muy meritorios, pero lo de Verdún fue lo mejor. Por otra parte, también fue su última acción, ya que, una semana después de haber realizado aquel servicio, fue fusilado.

—¿Cómo le atraparon? —preguntó el inglés.

—Charles Borel tenía un apodo. Le llamaban El Blando.

—¿Por qué?

El francés dio un suspiro.

—¡Oh, las mujeres!

El ruso rió.

—Es la perdición de ustedes.

El americano pegó un manotazo en el aire como queriendo apartar las palabras del ruso.

—Continúe, *monsieur*. ¿En qué circunstancias fue eliminado Charles Borel?

—Le estaba haciendo el amor a Ingrid, una de las agentes más peligrosas del Kaiser. Charles había llevado su atrevimiento hasta enamorar a Ingrid y, le había estado sacando informes durante casi cuatro meses. Pero los jefes de Ingrid descubrieron la verdadera identidad de Charles. Aquella noche de amor entre Ingrid y Charles Borel fue la última. Ingrid se había entregado a Charles para tratar de sonsacarle, pero no le valieron sus encantos ni sus arrumacos de gata.

—¿Cómo sabe con tanto detalle ese asunto?

—Después de terminada la guerra, recibimos información de primera mano de un oficial que fue testigo en la captura de Charles Borel el Blando, y de su posterior fusilamiento... Como les iba diciendo, cuando Charles estaba más entusiasmado con Ingrid, se abrieron varias puertas de la habitación y empezaron a entrar alemanes armados hasta los dientes. Charles Borel, al verse perdido, luchó contra ellos, valiéndose de una pistola y un cuchillo. Liquidó a tres enemigos en un momento, pero no tuvo más remedio que sucumbir y fue capturado... El Consejo de Guerra se celebró inmediatamente, Doraue estaba todo preparado y le condenaron a

muerte. El informante de que les hablé antes, nos dijo que Charles Borel el Blando, necesitó dos descargas y el pistoletazo del oficial para morir. Era uno de esos hombres duros con quien hasta los plomos no podían acabar.

—Charles Borel, en paz descanse —dijo el americano, y al ver que nadie sonreía, agregó—: Está bien, *monsieur*, admito que Charles Borel fue uno de los grandes espías de la Primera Guerra Mundial. Pero usted ha hablado de una dinastía. El rey Borel murió, ¿y dónde estaba su hijo?

—En la cuna. Tenía entonces unos meses. Su madre era una tejedora de Burdeos. Charles Borel había estado allí durante un par de semanas y, como cabía esperar, sostuvo el romance de turno. Pero esta vez dejó mucha huella en él aquella mujer, puesto que se casó en secreto con Simone, que así se llamaba la bella tejedora.

—Ya tenemos al príncipe heredero, a Charles Borel II. ¿Cómo llegó a ser un espía?

—Lo llevaba en la sangre, y ése es el mejor motivo para que yo hable de una dinastía. Cuando sobrevino la invasión de Francia en el año 1940, Charles Borel II se puso al servicio de la Resistencia. Desde el primer momento se demostró que Charles Borel II iba a seguir las huellas de su padre, ya que empezó a realizar trabajos muy meritorios, pero lo más grande lo hizo en 1944 —el francés hizo una pausa—. Caballeros, Charles Borel II fue el hombre que hizo posible el día D.

El americano saltó:

—¡El día D sólo fue obra de los americanos! No necesitamos a nadie.

El inglés intervino:

—Al menos, míster, tendrá que reconocer que los barcos salieron de nuestra costa.

El chiste era muy fino, pero el ruso lanzó una carcajada.

El americano apretó fuertemente el vaso de *whisky* tanto, que lo partió en pedazos. Inmediatamente, su subordinado le dio un pañuelo.

El francés prosiguió:

—Digo que Charles Borel II hizo posible el día D, porque él facilitó al propio general Eisenhower la información indispensable de los lugares que ocupaba el ejército alemán en toda la costa de

Normandía.

—¿Cómo es posible que nuestro Servicio Secreto no lo supiese?

—Ladró el americano.

—Pregúnteselo al general Eisenhower.

El ruso intervino otra vez:

—Quizá Ike creyó oportuno no informar a su propio Servicio Secreto —y a continuación lanzó su más estruendosa carcajada.

—Caballeros —dijo el francés—, si hubiese sabido que esto iba a servir para enfriar nuestras relaciones, tan amistosas hasta ahora, habría guardado silencio. Pero, si ustedes lo prefieren, podemos hablar de cualquier otro tema.

—No sería oportuno —contestó el inglés—. Usted ha empezado y debe terminar la historia de la dinastía de esos reyes del espionaje. ¿Qué fue de Charles Borel II?

—Murió fusilado como su padre. Tres días después de la invasión, Charles se encontraba en Marsella. Se le había asignado un nuevo trabajo, el de preparar la invasión del Sur de Francia. Teníamos fundadas esperanzas de que lograría la información necesaria con el mismo éxito que lo había conseguido para el desembarco de Normandía... Pero la fatalidad ya estaba jugando en su vida. En Marsella, Charles Borel trataba de enamorar a una compatriota nuestra que trabajaba para los alemanes, Marie Disons... Se encontraban en una taberna típica, sentados en una mesa de un rincón. Charles creía que estaba a punto de conseguir la información secreta de Marie, pero surgió lo inesperado. Los alemanes de la Gestapo aparecieron por todas partes. Habían recibido un soplo acerca de Charles Borel. Marie sólo había hecho que tender una trampa a Borel. Como su padre, Charles vendió cara su libertad. A cuchillazo y a pistoletazo acabó con cuatro alemanes, pero, finalmente, fue capturado. Aquella misma noche se celebró su Consejo de Guerra, si es que se puede llamar así a lo que hacía la Gestapo, y fue llevado al paredón. Hay algo anecdótico con respecto a este hecho. Los alemanes hicieron dos descargas, y Charles Borel II continuó sonriendo de pie, después de haber recibido veinticuatro balazos. El oficial que mandaba el pelotón creyó verse ante el mismísimo diablo, pero se descubrió en qué consistía la inmunidad de Charles Borel II. Se las había arreglado para ponerse un chaleco blindado... Despojado de él por el oficial, ya no pudo

resistir a las balas y cayó como los valientes.

Se hizo otra pausa, que fue interrumpida por el americano.

—Ya tenemos fuera de la circulación a dos representantes de la dinastía. ¿Hay un Charles Borel III?

—Desde luego, lo hay, y está aquí.

—Imagino que debe formar parte del Servicio de Información francés, y que, como su abuelo y su padre, ha jugado un papel importante en la guerra fría.

El francés dio un suspiro.

—No, caballeros. Charles Borel III no es ningún agente a nuestro servicio.

—Pero usted ha dicho que se encuentra aquí.

—Es cierto. Y se lo voy a mostrar a ustedes, porque justamente ahora se encuentra a la vista. Observen el fondo del salón.

Todos los ojos miraron hacia el lugar donde el francés señalaba.

Vieron varias personas de uniforme y algunos paisanos que reflejaban en sus rostros gran dureza, manifiesta prueba de su pertenencia al servicio de espionaje.

De pronto, una bandeja surgió por detrás. La bandeja tropezó con el hombro de uno de aquellos buenos mozos. Un camarero apareció dando trompicones porque quería evitar que las cosas saltasen de ella, pero, tras muchos esfuerzos infructuosos, las copas cayeron sobre un grupo integrado por mujeres y hombres.

Una mujer dio un grito porque el champaña le había caído por el generoso escote.

El camarero se disculpaba y trató de limpiar con el pañuelo el maravilloso escote de la dama.

—Pero ¿quién de ellos es Charles Borel III? —rezongó el americano—. ¿El coronel? ¿El tipo de la cicatriz?

—El camarero —contestó el francés.

CAPÍTULO II

Charles Borel estaba intentando arreglar el estropicio.

Un hombre le empujó por detrás, y Charles casi cayó de cabeza sobre el escote de la mujer de senos abundantes.

Al incorporarse, golpeó la cabeza contra la de un hombre, que se quería limpiar el champaña de las perneras del pantalón.

Charles retrocedió y fue a caer en las piernas de otra dama. Volvió la cabeza para disculparse y se encontró con una pelirroja muy sugestiva.

—¿Es que no se me va a quitar de encima? —preguntó ella.

—Oh, sí, ahora mismo —contestó Charles Borel, pero siguió sentado sobre ella y mirándola a los ojos.

Charles se sintió perdido. Las mujeres eran su debilidad y aquella mujer lo tenía todo.

Un hombre atrapó a Charles por el cuello y lo levantó de un tirón.

—¿Quiere dejar de acunarse en mi esposa? Usted no es ningún bebé.

—No es por falta de ganas —repuso Charles.

El maitre, un tipo estirado, con un delgado bigote sobre el labio superior, llegó allí con la cara roja.

—¿Qué ha pasado. Charles?

—Un pequeño incidente.

—¿Llamas pequeño incidente a esto?

—Más hizo la bomba atómica.

—¿Qué?

—Oh, no dije nada, señor Lebesque.

—Charles, sal de aquí inmediatamente.

—¿Y adónde voy? ¿Me despide?

—Yo, no puedo despedirte porque estamos faltos de personal.

—Es usted muy amable, señor Lebesque.

—¡Yo soy amable contigo, Charles! —gritó el maitre con los puños cerrados, a punto de ser víctima de un ataque de nervios—. ¡Te he dicho que estamos faltos de personal!

—A propósito de eso, señor Lebesque. Quería decirle algo acerca de mi aumento de sueldo.

—¿Qué...?

—No, nada, señor Lebesque. No he dicho nada.

Charles, al volverse para salir, tropezó con otro hombre y fue a caer de nuevo sobre la pelirroja. Sus caras quedaron muy juntas, ella sosteniéndolo en brazos.

—Cuánto tiempo sin vernos, ¿eh? —sonrió Charles.

—Le vi hace un momento.

—Claro, el mundo es un pañuelo...

Charles oyó un rugido. Lo había soltado el marido de la pelirroja.

Eso le dio fuerzas para ponerse en pie y mover las piernas muy aprisa, pero en el camino tropezó con otro camarero que portaba una bandeja.

Sobrevino una lluvia de canapés sobre un círculo de invitados que había a la izquierda.

Charles dirigió una mirada al maitre, el cual tenía los ojos cerrados, y salió definitivamente del salón.

Una camarera se interpuso ante él. Poseía un buen físico.

—Charles, ¿qué te pasó con Lebesque?

—No sirvió la pata de conejo que me diste.

—Te daré otra si te acercas por mi casa esta noche.

—Madeleine, creo que no se trata de patas de conejo, sino de mí mismo. Soy torpe, no sirvo para camarero. Me hago un lío en cuanto las cosas funcionan mal.

—Querido, no te preocupes. No siempre vas a ser camarero. Tengo ahorros, ¿sabes? Y he pensado siempre volver a mi pueblo, pero he de hacerlo con mi marido.

—Es lo que te conviene.

—Podrías ser tú.

—¿Eh? Oh, no. Yo paso. Verás, no tengo bastante experiencia.

Charles se apresuró a apartarse de la camarera, que se quedó haciéndole ojitos con una sonrisa en los labios.

—Te espero en mi casa esta noche, Charles.

Charles juró para sus adentros que no iría.

Al llegar al bar, Claude, el jefe, le dijo:

—Charles, lleva un *whisky* a la habitación ciento treinta y dos.

Charles dio un suspiro de alivio. Aquél sería un buen servicio comparado con lo de atender el salón donde había originado la catástrofe.

El huésped de la habitación 132, Alain Delluc, recibió un puñetazo en las narices y rodó en la alfombra convertido en una pelota.

Al fin chocó contra la pared.

El hombre que le había golpeado fue hacia él y le atrapó por el cuello de la camisa.

—¿Me oyes, Delluc?

Alain sacudió la cabeza.

—Sí, te oigo...

—¿Dónde está la mercancía?

—¿Qué mercancía?

—Conque otra vez empezamos, ¿eh? Muy bien, ahí va eso.

El hombre que así hablaba pegó otro puñetazo a Delluc entre los dos ojos.

Esta vez, Alain quedó despatarrado en el suelo.

El hombre que había producido el fuera de combate era un tipo alto, de mejillas y sienes hundidas, y ojos que parecían dos ciruelas maduras.

—Eh, Yves —dijo—. ¿Cómo va eso?

Estaba mirando a un rubio que se encontraba en la estancia haciendo un trabajo muy especial. Con un cuchillo destripaba un sillón.

Una maleta estaba en el suelo, y las prendas aparecían desparramadas por todas partes.

—No encuentro la mercancía, René —contestó el llamado Yves.

—Ese bastardo la ha escondido bien.

—¿Qué te ha pasado con él?

—¿Es qué no lo ves? Le dejé sin sentido.

—Nos va a hacer falta.

—Ya sé que nos va a hacer falta, pero he querido castigarlo para que vea que no andamos con bromas.

—Sí, bien hecho.

—¿Has mirado en el cuarto de baño?

—Desde luego. Lo miré todo bien.

—¿El grifo?

—Ya nadie guarda los secretos en el grifo. Ha salido demasiadas veces en el cine.

—Estúpido, por eso mismo a Alain se le puede haber ocurrido meter la mercancía en el grifo.

—Ocupate tú de eso. Yo no voy a hacerlo todo.

—Ya voy.

René echó a andar y se fue al cuarto de baño.

Sacó un par de herramientas del bolsillo y se puso a trabajar en el grifo.

Al cabo de un rato dio un suspiro porque, tal como le anunció su compañero Yves, en el grifo no encontró absolutamente nada. Siguió registrando el cuarto de baño, en especial un armario con muchos utensilios.

Desmontó una máquina de afeitar, pero el resultado fue también negativo.

Entonces, decidió regresar a la habitación.

Lo hizo muy a tiempo.

Su compañero Yves estaba buscando entre las tripas del sillón y, no se había dado cuenta de que Alain Delluc había vuelto en sí y sacaba una pistola de la cabeza de un perro de trapo.

—¡Cuidado, Yves! —gritó René.

Alain ya estaba girando con la pistola, pero lo hizo muy lentamente por efectos de la paliza recibida.

René sacó de la chaqueta una pistola provista de silenciador y, sin pestañear, apretó el gatillo dos veces.

Se oyeron dos sordos estampidos y Alain Delluc cayó hacia atrás sin haber disparado su arma.

Yves había interrumpido su trabajo y estaba mirando con la boca abierta a Delluc.

René acudió junto al cuerpo de la víctima y le vio dos agujeros en el pecho.

—Me debes la vida, Yves —dijo.

—¿Quieres que te bese los pies?

—Debería pegarte en los hocicos. No vigilaste a Delluc y ya ves

el resultado. Está muerto.

—Se lo merecía, el muy puerco.

—¿Es que no te das cuenta, estúpido? Se fue al infierno llevándose el secreto con él. No sabemos dónde está la mercancía.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Los dos hombres se quedaron rígidos.

René movió la pistola, apuntando a la puerta.

—Un visitante —dijo.

—Cárgatelo.

—¿Quieres que mate a todos los del hotel?

—¿Y qué se te ocurre?

—Vamos a escondemos.

Los dos hombres retrocedieron al cuarto de baño y quedaron detrás de la puerta, René manejando la pistola con el silenciador.

—¿Qué pasa si viene hacia acá? —preguntó Yves.

—Me lo cargo sin contemplaciones.

Llamaron otra vez a la puerta, y ésta se abrió.

Charles Borel entró portando en la bandeja un vaso y una botella.

—Su *whisky*, señor Delluc —dijo, y quedó convertido en una estatua al ver al huésped de la habitación tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre.

CAPÍTULO III

—Eh, ¿qué ha pasado aquí? —exclamó Charles Borel haciendo un gallo con la voz.

Dejó la bandeja en el suelo y se puso a gatas.

—Señor Delluc, ¿me oye, señor Delluc?

En el cuarto de baño, Yves dijo por lo bajo:

—Ese tipo va a armar demasiado jaleo. Cárgatelo ya, René.

—Espera un poco.

—¿Por qué esperar más?

En aquel momento, Delluc estaba abriendo los ojos.

—¡Dios mío, vive! —exclamó Charles Borel—. Quédese quietecito. No se mueva mientras voy en busca de un doctor.

—No se vaya...

—Pero usted está malherido.

—Sí, pero no hay nada que hacer.

—No debe decir eso. La ciencia ha adelantado mucho. ¿No sabe que ponen corazones postizos?

—Conmigo no llegarán a tiempo.

—Otros antes que usted lo habrán dicho.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Charles Borel.

—Oiga, Charles —la voz de Alain Delluc se convirtió en un susurro—. Atrape al perro sin cabeza... Busque en su estómago... Encontrará un pequeño paquete... No lo abra. Prométame que no lo abrirá.

—No se preocupe, no me gusta el perfume.

—No se trata de perfume. Es mucho más importante... Debe entregarlo a un hombre... Dios mío, me muero...

Alain Delluc tosió y soltó una bocanada de sangre.

Charles bailoteó nervioso. No sabía si dirigirse hacia la puerta o al teléfono.

—No se vaya. Charles...

—No, señor, aquí estoy.

—Entregue el paquete —susurró de nuevo el moribundo—. Al hombre que encuentre en la butaca veinticuatro, tercera fila... Sala Laffont... Esta noche... Lucha libre... Hágalo por la República francesa... Sus compatriotas se lo agradecerán... No lo diga a nadie...

Charles, emocionado, creyó oír los compases de La Marsellesa.

Detrás de la puerta del cuarto de baño, Yves decía:

—¿Qué estás esperando, René? Cárgatelo ya.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Delluc le está dando un mensaje.

—Ésa es la razón importante para que le metas un plomo en toda la cabeza.

—No, espera. ¿Qué hace ese hombre?

Charles Borel había atrapado el perro decapitado y estaba buscando en su estómago. Sacó un pequeño paquete.

Alain Delluc dijo:

—Tenga cuidado... Me persiguen... Ellos me mataron... Asesinos... —Luego soltó un gemido y dobló la cabeza.

—¡Señor Delluc, que no se ha tomado su *whisky*! —gritó Charles.

Le zarandeó, pero Alain Delluc estaba ya muerto.

—¡Diablos, habrá que avisar a los de la Morgue...! Oh, no puedo avisar a nadie o me echarán la culpa a mí...

Se puso en pie y guardó el paquete del muerto en el bolsillo. Atrapó la bandeja con la botella y el vaso y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Mátalo ya —dijo Yves.

René levantó la pistola y apuntó a la espalda de Charles.

Arqueó el dedo en el gatillo, listo para disparar.

En aquel momento. Charles Borel se volvió para dirigir una mirada a Alain.

—Cumpliré su encargo, señor Delluc.

Dio otra vez la espalda a René, y éste disparó. Con tanto movimiento, la bala no acertó en el cuerpo de Charles, sino en la botella, la cual reventó justamente cuando el camarero salía.

Charles dio un respingo.

—Caramba, este *whisky* tenía grados.

Yves gritó:

—¡Has fallado, René!

—Ese tipo se mueve como una lagartija.

—Vamos por él.

—Sí, vamos.

Los dos hombres echaron a correr.

Yves abrió la puerta a poco, y vio que Charles Borel estaba esperando que llegase el ascensor de servicio.

—Ya lo tienes, René. Es un blanco perfecto. No puedes fallar.

—¡Claro que no!

—Aunque sería preferible que lo hiciese yo.

—¿Por qué tú?

—Porque estás demasiado nervioso.

—Cierra la bocaza si no quieres ganártela también.

—¿Qué estás esperando?

—Ahora le despacho la ración.

René levantó la pistola.

En aquel instante salió una anciana de su habitación y se dirigió rápidamente hacia Charles gritando:

—Oiga, mozo, este hotel es insufrible.

—¿Qué le pasa, señora? —preguntó Charles Borel, y no se dio cuenta de que salvaba la vida por segunda vez, porque René hubo de contener su impulso.

—Me han robado mi dentadura postiza —contestó la anciana—. Es la primera vez que me ocurre. Se lo aseguro.

—Perdone, señora, pero la lleva usted puesta.

La anciana se tocó la boca un poco perpleja y en seguida sonrió.

—¡Dios mío, es usted genial! ¡La encontró! ¡La encontró!... —La dama metió la mano en el bolso y sacó un billete—. Acepte este premio.

El ascensor llegó y Charles abrió la puerta.

La anciana fue a entrar.

—Perdone, señora, pero éste es el ascensor de servicio.

—Yo soy democrática —dijo la anciana, y empujó a Charles, el cual entró en la jaula tambaleándose.

Sonó otro suave estampido y la cabellera de la anciana empezó a

echar humo.

—¡Fuego! —gritó Charles, y le volcó el agua de la jarra en la cabeza.

El ascensor se fue para abajo, y entonces, Charles miró a su espalda y vio allí un pequeño agujero. Sintió que sus piernas desfallecían.

La anciana, que estaba muy sorprendida por lo que había pasado, dijo:

—Es usted el empleado más eficiente que he encontrado en mi vida. Tome otro billetito.

Charles lanzó un grito.

—¿Qué le pasa, amigo mío?

Charles gritaba porque estaba recordando la explosión de la botella de *whisky*. Demonios, dos estampidos en tan poco tiempo no podían deberse a la casualidad.

—Señora, ¿por qué no vuelve a su habitación y se acuesta?

—¿Qué dice? ¿Acostarme sin comer? Justamente voy al restaurante y pediré al maitre que me sirva usted. Naturalmente, primero iré al tocador para retocarme mi cabello mojado.

La jaula llegó abajo y la anciana se despidió de Charles palmeándole amistosamente en el brazo.

Charles se fue hacia la cocina.

Lebesque lo atrapó dentro.

—¿Qué ha pasado con esa botella de *whisky*?

—¿Es que no lo ve? Reventó.

—¿Por qué reventó?

—Una bala hizo pum, y los pedazos de la botella fueron por el aire.

—¿Sabes lo que te digo, Charles? Que no me gustan nada tus bromas. Ya te he dicho muchas veces que te las reirán tus compañeros, pero yo no... Vete al restaurante.

—¿Para qué? —dijo Charles, mirando al techo, porque estaba recordando el muerto de la habitación 132.

—¿Cómo para qué? No será para que te sientes a comer.

—Pero es que tengo que hacer fuera.

—¿Cómo?

—Quedé citado con una chica.

Lebesque arrugó el entrecejo.

—¿Qué tontería estás diciendo? ¿No sabes que trabajas de camarero? ¿O es que quieres despedirte?

—Sí, señor, digo no, señor.

—Entonces, lárgate al comedor. Mesas cuatro, cinco y seis.

En la mesa número 4 había un hombre de cincuenta años con una jovencita de veinte. Pero se notaba en seguida que ella no era su esposa, su hija o su nieta.

En la mesa número 5 se habían reunido tres matrimonios. De ellas, una rubia cenicienta hablaba por los codos, y no dejaba que nadie le pisase la palabra.

En la mesa número 6 estaba instalada la anciana que Charles había salvado de perecer abrasada. Y se había retocado el cabello.

—¿Qué me recomienda, amigo?

—Que se marche a otro restaurante.

La señora se echó a reír.

—Es usted muy simpático y cada vez le encuentro más gracioso.

Mi nombre es Helen Farago... *Lady* Farago.

—¿Y cómo está lord Farago?

—Muy quietecito, oh, quiero decir que ya murió...

—Cuánto lo siento.

—No se preocupe, él está mucho más tranquilo ahora. No se puede imaginar la de cosas que tenía, que si el hígado, que si el riñón, que si el estómago...

—Y a propósito de eso, ¿qué va a comer, señora?

—¿Qué me dice de la langosta?

—También está muy quietecita, y nuestro cocinero hace filigranas con ella.

—Pues tráigala.

Charles hizo una reverencia y se marchó a la mesa número cinco, donde estaban los tres matrimonios. Allí invirtió más tiempo porque la señora habladora pidió el menú de todos.

El hombre de cincuenta años de la mesa número 4 que estaba con la joven que no era su pariente, hizo también su encargo y Charles se dirigió a la cocina.

Pasó las notas correspondientes y, al recordar al muerto de la habitación 132, se tocó instintivamente el bolsillo donde estaba el paquete que había sacado del perro de trapo. No estaba bien allí, lo guardaría en su armario.

Se dirigió a la tercera puerta del fondo en donde se ubicaba el cuarto del servicio. En la pared había muchos armarios. El suyo era el marcado con la letra L. Sacó la llavecita y se dispuso a abrir cuando oyó un ruido a sus espaldas.

Volvió la cabeza y enarcó las cejas al ver a dos hombres, uno de sienes y mejillas hundidas y el otro rubio.

—Se han equivocado de lugar. Éste no es el lavabo de caballeros —dijo Charles.

—Tipo listo —sonrió el rubio.

Los dos se dirigieron juntos a Charles.

—Dame el paquete, muchacho —dijo el moreno con la palma de la diestra levantada.

—¿A qué se refiere?

—Como si no lo supieras. El que sacaste de la habitación ciento treinta y dos.

Charles enarcó las cejas.

—Entonces, ustedes son ellos.

—¿A qué te refieres?

—Al pim-pam-pum...

—Eh, Rene —dijo el rubio—. Este muchacho sabe hacer buenos chistes.

—¿Por qué he de soltarlo?

—Yo te lo diré —dijo René y sacó la pistola provista de silenciador, que puso ante la cara de Charles.

CAPÍTULO IV

Charles se sintió súbitamente tan frío como el hielo.

—Eh, ¿qué es eso? —gritó, haciendo un gallo—. No debería usar esa clase de bichos. Se le podría disparar.

—Oh, sí, Charles. Se podría disparar —así diciendo, René apuntó entre los dos ojos de Charles y puso el dedo en el disparador.

—¡No lo haga!

—¿Qué es lo que no tengo que hacer?

—Manchar con mis sesos la pared. El maitre lo prohibió. Está recién pintada.

—Pues tendrán que pintarla otra vez.

—No diga eso, hombre. La pintura está muy cara.

—¡Silencio!

—Ya soy una tumba.

—El paquete.

—Oh, sí, el paquete. En seguida se lo doy.

—Así me gusta que hables, muchacho.

—Demonios, no lo tengo.

—¿Cómo?

—Que no lo tengo. Se me perdió.

—¿Dónde se te perdió?

—Me encontré con una chica y me fui al río, ya sabe usted, a los puentes del Sena. La chica se llama Josette. ¿No la conoce? Es muy mona. Su padre es ferroviario. Tiene una locomotora a la que llama Adriana.

René movió la cabeza porque escuchaba atentamente, y entonces Yves le tocó en el brazo diciendo:

—Eh, René, ¿qué nos importa a nosotros todo eso?

Charles Borel continuaba hablando:

—Josette tiene dos hermanos. Uno de ellos es futbolista. Le van a probar en el Racing de París. Un buen equipo. Quedó tercero en la

Liga. Y hablando de la Liga no se pueden imaginar lo qué me pasó el otro día con la huésped de la habitación setenta y siete, una australiana... Asómbrense, tiene cara de canguro.

—¡Basta! —gritó René.

—Sí, señor —contestó Charles Borel—. Pero le aseguro que la historia del canguro...

—¡Fuera el canguro! ¡Fuera el ferroviario!... —exclamó René.

—Sí, señor. Fuera todo el mundo. Fuera con ustedes.

Charles trató de empujarlos, pero René hizo rechinar los dientes apoyándole el extremo del silenciador en la nariz.

—Cuidado, que me deja chato —dijo Charles.

—El paquete.

—Oh, sí, el paquete.

Charles se volvió hacia el rubio y le pegó una bofetada en la cara.

—¿Es que no ha oído a René? Saque el paquete y! dáselo.

El rubio, aturdido, empezó a buscarse en los bolsillos y René le miró confuso.

Charles echó a andar rápidamente.

—Si quieren algo, ya saben dónde me tienen...

Abrió la puerta y salió disparado a la cocina.

—Servicio para la mesa cinco —dijo una voz.

Charles atrapó la bandeja correspondiente y, muy nervioso, mirando a un lado y a otro, se dirigió hacia la salida.

En el camino vio aparecer a René y a Yves con los rostros demudados por la furia.

Charles se apresuró a salir y fue a la mesa número seis.

—Aquí tiene, *lady*, su carne con salsa verde.

—Yo no pedí carne con salsa verde.

—Ya decía yo que a usted no le gustaban los verdes pastos.

Charles vio entrar en el salón a René y a Yves.

—En seguida le sirvo, *lady*.

Decidió marcharse a la mesa número cinco, la que estaba más alejada.

La mujer parlanchina, la señora Morel, decía:

—Y por eso, desde entonces, no me gusta la carne con salsa verde.

—Aquí la tiene —dijo Charles y, al alargar el plato, le puso justo

para que la señora metiera la mano dentro.

La señora sacó la mano chorreando salsa.

—Pero ¿qué ha hecho, atrevido?

—Oiga, señora, eso no se hace. Si tiene hambre, repórtese un poco. ¿Qué van a decir sus amigos?

La mujer desorbitó los ojos.

—Jean, ¿has oído eso? Este hombre me está insultando...

—Tranquilízate, querida —contestó el hombre llamado Jean.

—¿Cómo quieres que me tranquilice si me han manchado la mano?

Charles estaba mirando a los dos verdugos que seguían avanzando hacia él.

Entonces, volcó el plato de salsa verde sobre la cabeza de la señora Morel.

La mujer dio un grito.

Charles gritó también.

—Caramba, ¿cómo se ha puesto así, señora?

—¡Usted ha sido! ¡Usted!... —exclamó, exasperada la charlatana.

Charles dejó muy aprisa los platos sobre la mesa y lo hizo de un modo anárquico, sin tener en cuenta la petición de cada cual.

Los verdugos ya estaban muy cerca, y él se apresuró a retirarse de allí, pero tropezó en seguida con Lebesque, el cual estuvo a punto de lanzarlo al suelo.

—¿Qué diablos te pasa. Charles?

—¿A mí? ¿Qué me va a pasar? —Trató de sonreír Charles.

—Ya estás provocando la catástrofe. ¿Por qué estás tan nervioso?

—¿Yo nervioso? ¿Quién está nervioso? —preguntó Sorel bailoteando sobre los pies, moviendo los brazos, haciendo un nudo con el paño.

—Tienes que serenarte, condenación, o aquí va a pasar algo gordo.

—Y que lo diga, jefe. Ya está pasando.

—¿Cómo?

—Oh, perdón, jefe, estaba hablando conmigo mismo.

—¿Me quieres decir por qué estás así?

—Por un canguro.

—¿Eh?

—Por un ferroviario...

—¡A la cocina, Charles! ¡Vete a la cocina y sigue sirviendo!
¡Pero antes mójate la cabeza con agua!

—Es una buena idea. Es lo que me hace falta. Una ducha. — Charles vio que los dos asesinos se dirigían hacia él y tomó al maitre por el brazo—. Usted también necesita una ducha. Yo le enjabonaré.

—¡Suélteme! —dijo Lebesque, escupiendo las sílabas.

Charles dejó libre a Lebesque y echó a andar muy aprisa hacia la cocina.

Ya dentro, miró por el cristal y dio un suspiro de alivio al ver que Lebesque estaba hablando con los dos hombres.

Finalmente, su jefe acompañó a los dos verdugos a la mesa número siete.

Charles recuperó el resuello. Demonios, aquel paquetito debía de ser muy importante. ¿Qué sería? No, no lo abriría. Existía un camino más fácil. Llamar a la policía. Claro, los policías eran unos funcionarios que se encargaban de velar por los ciudadanos. En el hotel se había matado a un huésped y estaba seguro de que el moreno y el rubio eran los asesinos. Demonios, eso significaría no cumplir su promesa a Delluc. Recordó las palabras del moribundo como si las estuviese oyendo de nuevo: «Hágalo por la República francesa. Sus compatriotas se lo agradecerán. No lo diga a nadie».

Aquellas últimas palabras, «no lo diga a nadie», repercutieron en la mente de Charles como si saliesen de un pozo, y otra vez Charles creyó oír los acordes de La Kíarseiies.

—La langosta del número seis —dijo uno de los cocineros—. Es para ti, Charles.

—Allá voy.

Charles atrapó la bandeja con la langosta.

No, ahora los matones no podrían hacerle nada. Harría demasiado público. Los asesinos mataban con silenciador y sin que hubiese testigos. De momento estaba a salvo.

Salió de la cocina con la langosta, y metió una de las patas en el ojo derecho de Lebesque.

—Maldita sea —rezongó Lebesque y, al ver quién era, agregó—: ¡Oh, no! ¿Otra vez tú?

—Perdón, jefe. No debió ponerse delante. Estas langostas están demasiado frescas —contestó Borel, y siguió su camino.

—¡Charles! —gritó Lebesque a su espalda—. Ocupate de la mesa número siete.

Borel se quedó con un pie en el aire. La mesa número siete estaba ocupada por los dos verdugos.

Por fin, recuperó el movimiento hacia la mesa de *lady* Farago.

—¿Qué le pasa, buen hombre? —dijo la anciana—. Está pálido. ¿Se siente mal?

—Oh, sí, estoy muy malito...

—Siéntese y cuénteme sus penas.

—Es usted muy amable —dijo Charles y, poniendo el plato con la langosta en la mesa, ocupó una silla—. *Lady* Farago tengo una bomba.

—Caramba, es usted revolucionario. ¿Y a quién se la va a arrojar?

—A Lebesque. Oh, no, menudo lío me estoy haciendo. Hablaba en sentido figurado... Se trata de un pequeño y menudo paquete... Cuidado, señora Farago ya están mirándome.

—¿Quiénes le miran?

—Los asesinos. Son dos... Quieren mi piel para hacerse una petaca, pero no la van a tener. Juro que no... Les haré frente.

Al tiempo que así hablaba, Borel sentía renacer dentro de sí una nueva fuerza vivificante, fortalecedora.

—No podrán conmigo —dijo, y quiso pegar un puñetazo en la mesa, pero lo pegó en el plato.

La langosta fue por el aire y se metió en la escotada espalda de la señora Morel, que en aquel momento estaba diciendo:

—¿Por qué la vida sube tanto?

Fue ella quien subió.

Pegó tal salto que se elevó medio metro sobre la mesa, y al caer, el crustáceo profundizó más hacia donde la espalda pierde su honesto nombre.

—Querida —dijo su marido—. No hace falta que des esos saltos para decir que la vida sube y sube.

—¡Jean, me están tocando!

Charles, que había visto el vuelo de la langosta, cayó sobre la señora Morel, a quien introdujo la mano en la espalda.

—Eh, amigo —dijo Jean—. Si mi mujer le gustó tanto, puede llevársela, pero no me haga eso en público.

La señora Morel, los ojos desmesuradamente abiertos, se retorció en la silla.

—Quietecita, señora, en seguida saco a este pillo —dijo Charles, forcejeando con la señora Morel.

Ella no podía estar quieta porque sentía cosquillas y se deslizó de la silla.

Tal posición dio lugar a que Charles adoptase otra muy incómoda mientras perseguía la langosta.

—¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo! —gritó.

—Estupendo, amigo —dijo el esposo—. Envuélvala y llévesela, pero ya se arrepentirá, ya se arrepentirá...

Charles sacó triunfalmente la langosta, y Jean, el esposo, quedó muy decepcionado.

—Perdone, señora, pero no debía usar esos escotes —dijo Charles.

La señora Morel estaba roja de ira.

—Pero ¿qué clase de camarero es usted? ¿Qué clase de restaurante es éste? ¿Qué clase de langosta es ésta?

Antes de que Charles pudiese responder a tales preguntas, sintió que una mano se posaba en su hombro.

—Eh, camarero lo estamos esperando —le dijo Rene, el asesino.

Charles quedó como un bloque de mantequilla y René lo empujó hacia la mesa número siete, donde estaba el rubio.

—Eh, usted, espere —tartamudeó Charles—. Tengo que devolver esta langosta. No es mía.

—Usted va a devolver otra cosa, y ya sabe lo que es, el paquete.

—Oiga, les he hablado de Josette.

—Sí, nos ha hablado de Josette y un canguro.

—Pero no les hablé del camello.

—¿Qué camello?

—El que entró aquí un día, se sentó en una mesa y dijo: Agua.

—Charles rió desafortunadamente pegando con el codo a René en un costado—. Gracioso, ¿verdad?

—¡Basta, o hacemos aquí mismo una ensalada de langosta!

—Yo pongo la langosta. ¿Qué ponen ustedes?

Yves dijo muy aprisa:

—Yo pongo los tomates.

René chascó los dientes con una terrible fuerza.

—Silencio, Yves. Nos la está pegando otra vez.

—Demonios. ¿Qué es lo que tiene este tipo?

—¿Es que no lo ven? Tengo la langosta —dijo Charles.

René metió la diestra en el bolsillo de la chaqueta.

—Charles, tengo la mano en la pistola... Si no obedeces, te juro que te convierto en un colador.

—Ya hay coladores en la cocina. No necesito ninguno.

—Pon el paquete encima de la mesa o te meto tres plomos en el corazón.

En aquel momento llegó Lebesque.

—¿Qué pasa aquí, Charles?

Borel se abrazó a él como si fuera su padre.

—Señor Lebesque, cuánto me alegro de verle. ¿Cómo tiene su familia?

Lebesque veía la langosta delante de su cara.

—¡Quita ese bicho de mi nariz, Charles!

—Si está en mal estado, es culpa suya. Ya se lo dije. No debe comprar en la marisquería de *monsieur* Dupont...

—¡Charles, me va a dar un ataque!

—Ahora mismo le llevo al doctor —repuso Charles, y le tocó la frente—. Dios mío, parece un muerto. Pero todavía llegaremos a tiempo de meterlo en el pulmón de acero.

Se llevó a Lebesque a empujones.

Yves y René quedaron tan sorprendidos que no supieron reaccionar a tiempo.

—Su langosta, *lady* Farago. —Dijo Charles al pasar junto a la anciana—. Atrápela bien, porque salió juguetona...

La señora Morel, de la mesa número cinco, gritó:

—¡Eh, usted, maître...!

Lebesque se estiró.

—Suéltame, Charles, me están llamando.

—Le van a decir mentiras. Esa mujer me tomó antipatía. Lo noté en cuanto entró. No me puede ni ver.

—¡A callar, Charles!

La señora Morel apuntó con la mano a Charles Borel.

—¡Exijo que ese hombre sea despedido, maitre!

—Sí, señora, tiene usted razón, y no hace falta que continúe — exclamó Charles—. Yo me despido...

Echó a andar hacia la cocina. No estaría un minuto más allí. Se cambiaría de traje y se largaría.

Pero al abrir la puerta se quedó de piedra porque delante de él estaban los dos verdugos.

—Hola, muchacho —dijo Yves siniestramente—. Tardaste mucho en llegar.

—Todavía no terminé mi viaje. Voy a Marsella, ¿saben? ¿Quieren algo para allá?

—Tengo allí una prima —sonrió Yves.

—Estupendo, escríbale una carta, póngale un sello y échela al correo.

Charles hizo un saludo con la mano y se dispuso a salir, pero esta vez René anduvo rápido y lo atrapó por el cuello.

Entre los dos llevaron a Charles a un rincón.

—Yves, ensénale el regalo.

Yves sacó de debajo de la chaqueta un cuchillo de carnicero.

—¿Patillas cortas o largas, Charles?

—Nada de cortes de pelo. Soy

ye-ye.

—Empieza el afeitado ya, Yves —rió René cavernosamente.

—Vaya, no me creen, ¿eh? Mírenme... —Charles tarareó una canción de última hora poniendo los ojos es blanco y moviéndose espasmódicamente, pero René le inmovilizó apretándole más el cuello.

—Muchacho, estamos de ti hasta la coronilla.

Yves le aplicó el filo del agudo cuchillo en la garganta.

—Anda, chico —dijo René—. Dime dónde está el paquete y te ahorrarás molestias.

Lebesque apareció en aquel momento.

—Eh, ustedes, ¿qué hacen ahí?

Yves guardó el cuchillo.

Lebesque fue hacia el grupo.

—Ustedes no pueden entrar aquí aunque sean amigos de Charles. Espérenlo en la calle. ¡Charles, muévete rápido! Dos tartas al número cinco.

—Como las balas, jefe —dijo Charles.

Era la única forma de escapar de las garras de los asesinos y de aquel cuchillo carnicero.

Atrapó dos bandejas, una con cada mano, y en cada una de ellas había una tarta.

CAPÍTULO V

Charles pasó las tartas por la puerta, pero fue un puro milagro. Se abrió una hoja y metió una bandeja, en seguida se abrió la otra hoja y pasó la otra bandeja.

Sano y salvo en el salón, se encaminó hacia la mesa número cinco.

La señora Morel se puso pálida y al verlo dio un grito:

—¡No!

Charles se detuvo.

—¿Qué le pasa, señora?

—¡Usted y dos tartas! ¡Ya sé lo que va a pasar!...

—Me imagino que las habrán pedido para comer.

—Que se cree usted eso.

—Entiendo, se las van a tirar unos a otros, como en las películas.

—¡No, no es eso! —gritó la señora Morel fuera de sí—. Jean, este hombre me crispa los nervios... ¡Sácame de aquí!

Se volvió, demasiado rápida, justo cuando Charles se disponía a poner una tarta sobre la mesa, y la señora Morel hundió la cabeza en la crema. Se quedó quieta, clavada, y Charles se agachó sobre ella y dijo:

—¿Sigue ahí, señora Morel?

La señora Morel alzó la cara completamente llena de nata.

—A que le gusta, ¿verdad que sí? —dijo Charles, jovial—. Nuestro repostero es algo genial. —Charles, al ver que la señora Morel seguía inmóvil, casi gimió—: Señora Morel, por favor, dígame que le gusta aunque sea un poquito...

Charles le pasó un dedo por la cara y lo chupó.

—¿Lo ve usted? Está que dice cómeme.

—¡Lean! —gritó la víctima.

—¿Qué pasa, querida?... ¿La encuentras demasiado dulce?

La verdad era que el marido estaba resplandeciente.

—¡Jean, mata a este hombre! —exclamó la señora Morel.

—¿Cómo?

—Te lo pido por favor, te lo suplico. ¡Mátalo!

Charles vio en ese momento a los dos verdugos. Salían de la cocina a paso de carga. Sus caras eran asesinas al cien por cien. Al ver sus ojos, Charles se dio cuenta de que iban a acabar con él sin importarles el lugar en que se encontraban.

La señora Morel hizo explosión.

—No quieres matarlo, ¿eh? Muy bien. Yo me ocuparé de él.

Atrapó la tarta que Charles había dejado sobre la mesa y la arrojó sobre el camarero.

Charles se agachó y la tarta continuó su camino yendo a dar de lleno en la cabeza de René.

El asesino cayó al suelo cubierto de crema.

—¡Yves! —gritó—. Líquidalo.

Yves echó a correr hacia la mesa número cinco mientras sacaba la pistola.

Charles, viéndose perdido, se dejó caer de bruces y se metió a gatas debajo de la mesa.

Yves llegó allí.

—¡Sal de ahí ahora mismo o va plomo!

Charles se levantó de un salto, pero lo hizo cuando estaba en el centro de la mesa, la cual volcó con gran estrépito.

La segunda tarta fue a parar a la cabeza de Yves.

La señora Morel pataleaba en el suelo y chillaba desafortadamente. Charles, andando a gatas, tropezó con ella.

—Eh, señora, ¿dónde está el ratón?

—¡Jean, Jean...!

Su marido estaba sentado en una silla observando filosóficamente la escena.

Lebesque llegó corriendo.

—¿Qué pasa aquí? —bramó.

Pisó un trozo de tarta y cayó hacia atrás, justamente sobre la señora Morel, que trataba de levantarse.

Yves se quitó la tarta de encima y la hundió en la cabeza de Lebesque, porque era el tipo que tenía más cerca.

Charles se puso en pie y ya estaba corriendo hacia la cocina, pero en el camino se encontró con un camarero que traía otras dos

tartas.

Al tratar de evitarlo, Charles se agarró al costado de su compañero y lo hizo girar como una peonza.

Tras aquel giro, el compañero de Charles trató de quedarse quieto, y las dos tartas salieron disparadas de su bandeja.

La señora Morel estaba en su día de mala suerte. Se estaba levantando cuando recibió otra tarta sobre su cara. Esta vez tuvo bastante y quedó tendida en el suelo, sin moverse.

El otro proyectil de repostería produjo un efecto más cuantioso, porque se fue hacia el techo. Allí había un ventilador. La hélice cortó la tarta en muchos pedazos y los desparramó por la sala.

La mayoría de los comensales que estaban allí sufrieron los efectos de aquel bombardeo inesperado.

Un hombre que estaba declarando su amor a una mujer, recibió un tartazo en la boca.

Un alto funcionario de una república africana, todo negro, se convirtió en blanco.

Charles ya había ganado la cocina y, sin detenerse, corrió hacia el departamento del servicio.

Se quitó la chaqueta de camarero y se puso la otra.

Echó a correr hacia la puerta del fondo que comunicaba con un pasillo y con la puerta trasera, pero recordó que se dejaba en la chaquetilla de camarero el paquete, y tuvo que regresar a por él. Luego, reemprendió la marcha.

Sin embargo, al pasar por el cuarto de las empleadas, Madeleine se le puso por delante.

—Apártate de ahí, Madeleine, tengo mucha prisa.

—Si vas a apagar un fuego, apaga el que tienes aquí delante.

—No quiero quemarme...

—No seas tonto, Charles —dijo Madeleine y, poniéndole la mano en la nuca, le acercó su cara, los labios entreabiertos, los ojos semicerrados.

Charles gimió:

—No me hagas eso, Madeleine. Ya sabes que me llaman El Blando porque las mujeres son mi perdición. Lo mismo le pasaba a mi padre y a mi abuelo.

—Sé cómo tu padre y tu abuelo. Recuerda que la rama debe salir al árbol.

—Es que ahora no puedo o me harán astillas.

Madeleine le besó en los labios.

—¿No puedes?

—Oh, sí que puedo —dijo Charles, y abrazó a Madeleine uniendo su boca a la de ella.

—Así es cómo ríe gustas, Charles... Si ya acabaste tu turno, yo también acabé el mío... Vamos a mi casa.

—Lo siento, Madeleine, pero debo hacer algo muy importante...

—Otra mujer, ¿eh? —dijo ella, con los ojos llenos de furia.

Madeleine se apartó de él.

—Debería arañarte. ¿Cómo es? ¿Rubia? ¿Morena? ¿Pelirroja?

—No se trata de ninguna mujer.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—No puedo contártelo ahora, Madeleine, pero te aseguro que es la cosa más complicada que me ha ocurrido en mi vida... Un muerto, un paquete, una langosta, un camello, dos asesinos...

—Pero ¿de qué hablas, Charles?

—No te preocupes. Yo sé lo que me digo. Pero ya te escribiré desde el manicomio.

Charles echó a correr por el pasillo.

Poco después llegaba al callejón.

Dio un suspiro de alivio. Demonios, por fin se había librado, pero todavía faltaban varias horas para que se celebrase el combate de lucha libre. ¿Cómo había dicho Alain Delluc? Oh, sí, debía entregar el paquete al espectador que se sentase en la butaca número 24 de la tercera. Estaba todo claro. No existía ya ningún problema.

Movió las piernas muy aprisa y salió del callejón.

Casi se dio de bruces con Rene.

Charles le vio delante de sí y le soltó un empujón enviándolo al suelo.

Yves venía corriendo por la acera.

Charles salió disparado de aquel lugar.

—¡Eh... muchacho, espera! —gritó Yves—. No vas a escapar... ¡Párate!

Charles no obedeció y siguió corriendo abriéndose paso entre la gente.

CAPÍTULO VI

De vez en cuando, Charles se detenía y miraba hacia atrás. No, no le habían perdido la pista. Yves y René estaban más acostumbrados que él a una persecución.

Sólo les había sacado una ventaja de quince o veinte metros.

Vio a la izquierda un teatro. Sabía cuál era, porque pasaba muchas veces por allí para ir al hotel o volver a su casa.

Sin titubear, se introdujo en el vestíbulo y se acercó a la taquilla donde vendían las entradas.

De pronto, una mano le cogió por detrás.

Charles dio un grito mientras se volvía, creyendo que ya le habían atrapado.

—Demonio, René, ha cambiado mucho —dijo, al ver el rostro que tenía delante.

No era René, sino una bellísima joven de unos veinticuatro o veinticinco años, muy esbelta, de cabello rubio, ojos verdosos.

—Señor Murray, nos tenía inquietos —dijo la joven.

Charles estaba con la boca abierta.

—Venga conmigo, señor Murray —prosiguió la hermosa mujer—. Los representantes de la Comisión Ejecutiva le están esperando desde hace un buen rato. Ya querían llamar a la policía por si le había ocurrido algún accidente.

Charles iba a decirle que allí había una confusión que no se llamaba Murray, que no tenía nada que ver con la Comisión Ejecutiva, pero en ese momento vio a Yves y René y casi gritó a la joven:

—¿Accidente? Pero ¿qué dice usted? A mí no me puede pasar nada.

—Claro, usted es el más pacífico de los hombres, señor Murray.

—La joven bajó la voz y agregó en tono confidencial—: Antes de que nos reunamos con los de la Comisión, he de decirle algo que me

quema los labios desde hace mucho tiempo, profesor Murray.

—Diga, diga. —Charles se sintió un hombre importante al oírse llamar profesor Murray—. La escucho.

—Es usted un hombre maravilloso.

—¿Verdad que sí?

—Único, señor Murray. Lo que usted ha hecho por el mundo quedará grabado en la mente de todas las personas —la joven frunció el ceño—. A propósito, señor Murray, ¿qué le pasa a usted en los ojos?

—¿Me pasa algo?

—Yo diría que le han cambiado bastante.

Al tiempo que así hablaba, la joven señaló la pared. Charles miró allí y sintió un escalofrío por la espalda. Pegado al muro había un cartel con su fotografía. Pero estaba claro que no era él, porque aquel tipo era bizco. Debajo de la foto se podía leer: «Profesor James Murray, el más grande defensor de la No-Violencia».

—He esperado mucho tiempo para conocerle en persona, señor Murray —oyó que decía la joven.

—Pues ya tiene ese honor... A propósito, ¿cómo se llama?

—Elizabeth Pearson. Desde Londres, donde vivo, he seguido sus campañas. Es usted admirable. Y si me permite decirlo, está usted mucho mejor con los ojos como los tiene ahora.

Charles dirigió una mirada de soslayo al profesor Murray y chascó la lengua.

—Sí, yo creo que también estoy mejor que ese tipo.

—Es usted valiente al desafiar todas las fuerzas del mundo, señor Murray.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Charles. Vio que Yves y René miraban de un lado a otro.

—Vámonos aprisa, señorita.

—¿Qué ocurre, señor Murray?

—Nada, pero usted dijo que nos están esperando.

—Oh, sí, claro —repuso la joven que, por unos momentos, se había quedado mirando arrobadamente al hombre que ella creía el profesor Murray.

Pasaron al salón donde habían reunidos seis hombres.

En el grupo se produjo una gran conmoción. Todos quisieron estrechar la mano del supuesto James Murray.

Elizabeth hizo las presentaciones. Había un psiquiatra, un neurólogo, dos abogados, un ingeniero, y hasta un director de cine.

El presidente del grupo era el psiquiatra y respondía al nombre de Marcel Garcon.

—Si le parece, podemos pasar al escenario. El teatro está lleno y el público espera ansioso el momento de escuchar su discurso.

Charles tuvo la impresión de que se le estrechaba el cuello de la camisa. Jamás había hablado en público. No le gustaba, y sobre todo, ¿qué infiernos sabía él de la No-Violencia?

Uno de los abogados dijo:

—Me gustaría que repitiese algunas de las observaciones del discurso que pronunció en Nueva York el mes pasado, profesor Murray. Ya sabe, todo aquello de la relación entre el deseo de permanecer independiente y el sentimiento de insignificancia y de impotencia.

Charles sintió que se le aflojaban las piernas.

—Demonios, estoy mareado —y se agarró a lo que tenía más cerca que, naturalmente, resultó ser la joven llamada Elizabeth Pearson.

—Profesor Murray, ¿quiere que llamemos a un médico? —dijo ella.

—No hay necesidad —dijo el presidente de la Comisión, Marcel Garcon—. Ahora mismo lo examino yo.

—Apuesto a que tengo la lengua muy sucia —exclamó Charles y sacó un palmo de lengua—. Recéteme un par de días de descanso.

Algunos rieron las palabras de Charles, y el psiquiatra Garcon dijo:

—Conocemos su buen humor en las más difíciles circunstancias, profesor Murray. Se ha hecho famosa aquella frase suya cuando le tiraban huevos podridos en Berlín: «Hasta en lo más podrido puede haber algo de valor. Me han dado ustedes un huevo bueno», y cogiendo el huevo que había alcanzado en el aire, se lo dio al hombre que tenía a su lado...

Charles volvió la cabeza y vio en el vestíbulo a René, que estaba haciendo señas a Yves. Ya le habían descubierto.

—¡Pasemos al escenario! —chilló Charles—. Ya me encuentro mucho mejor.

El psiquiatra le retuvo diciéndole:

—Señor Murray, ¿qué le ha pasado a usted en los ojos?

—Me los hice arreglar en un taller de reparaciones... Es un amigo mío, especialista en faros de automóvil.

Las nuevas palabras de Charles fueron acogidas con grandes risas.

Sin embargo, Charles no reía, estaba cada vez más nervioso.

Empujó a Garcon y a Elizabeth y el grupo se desplazó hacia el escenario.

El telón estaba levantado y, de repente, el público que llenaba el teatro se puso en pie otorgando una gran ovación al visitante de honor.

—Eso va por usted, profesor Murray —dijo Elizabeth, entusiasmada.

Charles Borel quedó muy impresionado por aquel recibimiento.

Delante de la mesa, sobre el fondo había un gran cartel en que se leía: «Congreso Internacional de la No-Violencia». Y abajo: «Por un Mundo Mejor sin Luchas Fratricidas».

Charles se sentó entre el doctor Garcon y Elizabeth Pearson.

El psiquiatra pidió silencio y se dirigió al público:

—Hoy nos honra con su presencia un hombre que ha llevado su palabra a todos los confines del mundo. Una palabra que rezuma amor al prójimo, que aborrece todo género de imposición por la fuerza. Un hombre que no ha regateado ningún esfuerzo en beneficio de la paz. Señoras y caballeros, tengo el gusto de presentarles al profesor James Murray.

La ovación fue indescriptible.

Todos aplaudían y Charles se sintió contagiado y también se puso a aplaudir.

Elizabeth le tocó con el codo.

—Levántese, señor Murray.

Charles sintió ahora que el cucho de la camisa le ahogaba.

—Oiga, Elizabeth, ¿por qué no habla Garcon?

—No habla como usted.

—Pues lo hace muy bien.

—Vamos, profesor Murray... —dijo Elizabeth empujando a Charles para que se levantara.

Charles se puso en pie y los aplausos arreciaron.

Poco a poco, se fue haciendo un silencio.

Charles vio a toda aquella gente y se creyó morir.

—Hable, profesor Murray —le dijo Garçon por lo bajo.

Borel tragó saliva.

—Damas y caballeros... ¡Viva la No-Violencia!

—¡Viva...!

—¡Viva la paz...!

—¡Viva!

—He dicho.

Se iba a sentar, pero Elizabeth se lo impidió.

—Pero ¿qué hace, señor Murray? Están esperando su discurso.

—Se me olvidó.

Gracias a las ovaciones, no se podía oír lo que decían los dos jóvenes.

Instintivamente, Charles miró hacia el foro de la derecha porque era su puerta de escape, y lo que vio allí lo dejó aterrado. Eran Yves y René.

En seguida miró al público y, levantando los brazos dijo:

—Damas y caballeros... El factor más importante de la vida de los pueblos es el corazón. Se tiene corazón o no se tiene corazón. Quiero decir que se tiene buena sangre o mala sangre. Los tipos de mala sangre hacen la vida imposible a los que los rodean, ¿y saben lo que les digo...? Es como si en su cabeza tuviesen un montón de diablos... Sí, verdaderos demonios que Les aconsejan mientras duermen, que les susurran al oído lo que tienen que hacer de malo al día siguiente para hacer daño a cuántos se relacionan con ellos. Pero el hombre sano de corazón y de cabeza, procura el bien de sus semejantes... Todos poseemos capacidad para ser buenos, para ser mejores, y, por tanto, la solución al problema consiste en que cada uno sea cada día mejor que el anterior...

Estalló una tremenda ovación.

Charles miró de reojo a Yves y René. Estaban con la boca abierta escuchándole y uno de ellos, René, sé llevaba el pañuelo a los ojos. Pero al lado de aquellos matones había ahora cuatro individuos del mismo pelaje.

—Damas y caballeros —prosiguió Charles—. No podemos replicar al tortazo con el tortazo. Admito que pronunció unas palabras corrientes, pero yo sólo me expreso de esta forma para ser comprendido por todos.

Los espectadores se pusieron en pie obsequiando al orador con una gran salva de aplausos.

Charles, envalentonado, gritó:

—¿Qué sería de nosotros si a la fuerza bruta replicásemos con la fuerza bruta...? ¿Qué sería de nuestra civilización, de nuestra cultura...? ¡Más respeto al pobre y más dinero...! Eso es lo que debemos conseguir. Acabemos con la perversidad allá donde la encontremos, pero no lo hagamos por la fuerza. Es preferible rendir a un enemigo por un chiste que por un puñetazo. Convenzamos con una sonrisa, con los buenos modales.

Los más jóvenes de los No-Violentos que estaban en la primera fila, saltaron al escenario enfervorizados, aplaudiendo, dando gritos.

Rodearon la mesa, atraparon a Charles y se lo pusieron sobre los hombros.

Los espectadores de las butacas aplaudían como locos.

El escenario se iba llenando de gente.

El psiquiatra, presidente de la Comisión Ejecutiva del Congreso, el señor Garcon, aporreó la mesa con un martillo.

—¡Tienen que dejarlo hablar...! ¡Suéltlenlo...!

Sin embargo, los jóvenes no soltaron a Charles. Lo zarandearon por el escenario, que cada vez se llenaba más de gente.

De pronto, Charles sintió que una mano le hurgaba en la chaqueta. Al mirar abajo, borró la sonrisa.

El hombre que le hurgaba era René, y en la otra parte estaba Yves, que trataba de registrarlo también aprovechando el tumulto.

Charles se lanzó hacia adelante pasando de hombro en hombro.

René e Yves emprendieron otra persecución detrás de Borel.

Charles se derrumbó al fallarle un apoyo, y al levantarse, vio la cara de René y la de Yves.

La pareja de asesinos lo cogieron y empezaron a palmearle como si lo estuviesen felicitando.

Charles sintió la presión de la pistola en la espalda mientras René le decía al oído sin perder la sonrisa:

—El paquete, muchacho.

—No puede matarme aquí —contestó Charles sonriendo también.

—No, ¿eh? Ahora lo veremos.

—Espere un momento.

—Nada de esperar. El paquete o la vida.

Yves intervino:

—Deja que haga yo algo, René. Tengo ganas de romperle las narices a este desgraciado.

Charles le miró desafiante:

—Usted no pega ni un sello.

—¿Quiere verlo?

—Sí.

Yves pegó un puñetazo en la cara de Charles, que era justamente lo que éste quería.

Los jóvenes que rodeaban a su ídolo quedaron asombrados.

—Muchachos —dijo Charles—. Esos dos hombres me han pegado...

Los jóvenes se lanzaron contra los asesinos, quienes los recibieron a puñetazos, pero en seguida los No-Violentos replicaron el ataque.

El escenario se convirtió en un campo de batalla.

El presidente saltó a la mesa.

—¡Paz entre todos...! ¡Viva la No-Violencia!

Recibió un silletazo en la cabeza y cayó hacia adelante.

Yves, René y otros dos matones estaban pegando buenos puñetazos, pero también ellos recibían.

Los hombres rodaban por el escenario y hacían caer a cuántos encontraban a su paso.

Charles recibió encima a Yves y le pegó en el cogote enviándolo lejos.

Borel sintió que alguien gateaba a su lado y al volverse vio que se trataba de Elizabeth.

—Doctor Murray, será mejor que nos marchemos.

—¿Adonde?

—Me hospedo en el hotel Juno.

Charles tuvo una idea. La persecución se había convertido en algo peligroso para él. Allí sólo estaban luchando cuatro verdugos, de modo que fuera del escenario habrían quedado otros dos. Si lo atrapaban, perdería el paquete.

—Creo que ha tenido una buena idea, Elizabeth. Me iré con usted.

Al tiempo que hablaba, abrió el bolso de la joven, sin que ella se

diese cuenta, y metió allí el paquete.

Los luchadores seguían rodando y se oían los gritos y los gemidos.

—Vamos, profesor Murray —dijo Elizabeth.

Se pusieron a gatear hacia la salida del escenario.

Charles tropezó en el camino con la pierna de René y le mordió la pantorrilla.

René abrió la boca para lanzar un aullido, pero un No-Violento se la cerró con un tremendo gancho.

Una banda de música apareció por la izquierda interpretando una marcha.

Los espectadores se pusieron a cantar el himno titulado: El mundo será un rincón de paz, mientras continuaba la pelea en el escenario.

CAPÍTULO VII

Charles y Elizabeth consiguieron escapar del tumulto.

Se pusieron en pie y corrieron hacia la salida, pero, de pronto, dos hombres se interpusieron ante ellos. Charles los identificó. Eran los compañeros de Yves y René.

—Eh, muchachitos, ¿adónde van? —dijo un tipo alto de nariz aguileña.

—A llamar a la policía —contestó Charles.

—La policía no hace falta para nada.

—Se están matando en el escenario —exclamó Elizabeth.

Charles sonrió pegando en el pecho a uno de los tipos.

—¿Saben que están hablando con una personalidad?

—No me diga.

Charles señaló la pared donde estaba el cartel del doctor Murray.

—Pues miren allí y se convencerán.

Los dos hombres miraron a la vez hacia el cartel, y entonces Charles cogió sus cabezas, les dio impulso y las hizo entrechocar.

—¡A correr, Elizabeth!

Los dos matones habían caído conmocionados en el suelo.

Elizabeth estaba sorprendida y Charles hubo de tomarla del brazo y tirar de ella hacia la calle.

Cuando salían por el vestíbulo, Charles vio que los dos hombres ya estaban en pie, dispuestos a correr tras de ellos.

—Elizabeth —dijo sin parar de correr—. Vete al hotel. Yo iré luego.

—¿Por qué?

—Recordé que me dejé el grifo abierto.

—Entonces telefonearemos.

—Deja de hacer sugerencias y obedéceme... Ya te contaré luego lo que pasa.

Habían llegado a la calle y Charles empujó a la joven hacia la izquierda, y él corrió hacia la derecha.

Treinta metros más allá, volvió la cabeza y vio que los dos hombres iban a su zaga, y también vio a René, que mostraba en la cara muchos desperfectos.

Estaba escrito que no podría librarse de ellos.

Vio mucha gente en la puerta de un almacén y se abrió paso pidiendo disculpas, sonriendo de dientes afuera.

Al llegar a la puerta, volvió la cabeza. No, no había podido desembarazarse de aquellos tipos.

Pero ahora las cosas serían mucho más peligrosas para él si lo atrapaban.

No tenía el paquete, y sin paquete, sería hombre muerto en cuanto le pusieran las manos encima.

Avanzó por el almacén y llegó a la sección de objetos orientales.

Se metió detrás de un biombo y estuvo allí un par de minutos. Cuando apareció por el otro lado, se había convertido en un chino con coleta y todo.

Un par de matones estaban delante.

—Eh, chinito, ¿has visto por aquí a un tipo alto, con ojos de pez cocido? —le preguntó uno de los sujetos con cara de bulldog.

—Sí, señor, lo he visto.

—¿Dónde?

—Fue hacia allí. —Charles señaló el extremo opuesto de la sala, donde había una escalera mecánica—. Subió al otro piso.

—Vamos, Paul —dijo Cara de Bulldog.

Los dos hombres echaron a correr.

Charles dio un suspiro de alivio.

Una dependienta muy mona se le acercó.

—¿Necesita un quimono, señor?

—No, gracias, y tampoco necesito éste, se lo regalo.

Charles se quitó el quimono y lo puso en la mane de la asombrada dependienta.

Iba a echar a correr, pero se quedó quieto al ver que René entraba en el local.

Fue hacia el fondo, pasó por la sección de pesca y se metió en la de caza.

Escondióse tras de unos arbustos, a cuyos pies había varios

ejemplares de aves, perdices, codornices...

René llegó allí y se detuvo mirando a un lado y a otro. Tenía un gesto fiero debido a su ojo izquierdo que estaba completamente negro.

René miró a su espalda y vio a un hombre salir por detrás de los arbustos, estaba cubierto con un salacof gafas oscuras y pantalón corto, con un rifle entre las manos.

—Eh, usted.

Charles, el cazador, se quedó con un pie en el aire.

René llegó a su lado.

—Hace un rato llegó aquí un tipo alto.

Charles se encogió de hombros mientras contestaba:

—Bwana no haber visto hombre que tú dices...

—Eh, ¿por qué habla así?

—Estuve mucho tiempo en África, en el Lago Tanganica, cazando osos polares y se me pegó el deje.

—¿Osos polares en África?

—¿Verdad que parece imposible?

—Seguro.

René apretó los dientes mirando con fijeza la cara que tenía delante.

—¡Vaya! ¿Disfrazándote como si fueses a un carnaval...? ¡Estás atrapado, Charles Borel!

Charles lo apuntó con el rifle.

—Si me tocas, eres hombre muerto, René.

El asesino sonrió enseñando los dientes y se puso a andar sobre Borel, el cual empezó a retroceder.

—Dispararé, asesino.

—Dispara —dijo René desafiante.

—Las balas te harán agujeros y saldrá sangre por ellos.

—Eres un estúpido. Los rifles que se venden en estos almacenes no están cargados...

—Infiernos, hasta en eso tengo mala suerte —dijo Charles y arrojó el rifle.

Al caer, sonó un cañonazo.

Las aves que descansaban al pie de los arbustos desaparecieron y del techo empezaron a caer plumas.

Aprovechando el efecto que el disparo había producido en René,

Charles echó a correr de nuevo.

Llegó a la sección de rebajas donde se aglomeraban las mujeres. Vio que algunas cogían vestidos y se iban hacia los probadores. Atrapó un vestido, pero una mujer gorda lo cogió también.

—Es mío —exclamó la dama.

—Pero no le está bien... La sección de ballenas está al final, conforme se va al mar.

Charles dio un tirón del vestido y se fue hacia uno de los probadores.

—Los hombres primero —dijo abriéndose paso por entre otras mujeres.

Algunas lo miraron con estupefacción.

Charles se metió en el probador, justo cuando salía una cliente.

El receptáculo era muy pequeño.

Charles se sentó en una pequeña plataforma, en un rincón, y exhaló el aire de sus pulmones. Nunca se había metido en un lío de aquella clase.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y entró René.

—Estás listo, muchacho —dijo y lo apuntó con la pistola.

Charles cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Pero ¿qué diablos te pasa, René...? ¿Es que no puedes vivir sin mí? No tendría nada en contra si fueses una pelirroja...

—¡El paquete!

—Yo no tengo ningún paquete. Puedes registrarme.

Se abrió la puerta nuevamente y entró Yves, el cual hizo un movimiento rápido con la mano y sacó una navaja de resorte.

—¿Te gusta más este cuchillo que el del hotel? —sonrió gélidamente.

—Oh, sí, me gusta mucho ése para que te lo claves ahora mismo.

—Va a ser en tu barriguita en donde lo voy a meter hasta el puño.

Se abrió otra vez la puerta y entró el hombre con cara de bulldog.

—Ya lo tenéis, ¿eh?

Con tanta gente allí, empezaban a estar muy estrechos.

René atrapó a Charles de las solapas y lo levantó de un tirón.

—Muchacho, te la estás ganando.

—¡Pido que me registren!

—Claro que sí. Ahora mismo.

Lo tumbaron en el suelo y entre los tres se pusieron a quitarle la ropa.

Poco después, Charles Borel estaba en paños menores.

En ese momento entró otro tipo y dijo:

—Yo también quiero un trozo de ese camarero.

Las mujeres que estaban fuera se preguntaban qué pasaba en aquel probador. Tres de ellas ya se habían puesto en marcha y se dirigían hacia allí acompañadas por el jefe de aquella sección, un hombre cabello blanco.

—No puede ser, señora —decía el empleado—. En esta casa somos muy exigentes en cuanto a la moral.

En aquel momento el probador reventó. Los maderos salieron esparcidos por el aire y hasta cinco hombres rodaron como pelotas.

Hubo una pelota que corrió más que las otras. Charles Borel.

Cuando se puso de pie, continuó corriendo. Seguía en ropa interior.

Algunas personas se le quedaron mirando con asombro.

Charles vio un montón de globos que colgaban a la derecha y los cogió.

Entonces se puso a dar saltitos como un niño mientras se dirigía hacia la salida.

Cerca de la puerta, atrapó un maniquí y se lo puso bajo el brazo.

Todo el mundo estaba pendiente de lo que había ocurrido en los probadores, donde se había producido un gran desconcierto, ya que las mujeres estaban pegando con sus sombrillas, sus bolsos, sus paquetes, a los hombres que se habían atrevido a usurpar sus posesiones.

Charles salió del almacén, otra vez pidiendo perdón a unos y otros.

Gracias al gentío, apenas era notada su extraña indumentaria.

Se metió por un estrecho callejón en el que se apilaban barriles y cajas de botellas.

Se colocó detrás de uno de los barriles y desvistió al maniquí para vestirse él.

Cuando acabó la operación, dio un gemido. Había escogido un traje tres números superior al que él necesitaba.

Las perneras del pantalón le arrastraban dos palmos y en la

chaqueta cabían un par de tipos de propina.

Ovo el ruido de una máquina de coser. Una ventana estaba abierta y a la otra parte, una mujer cosía.

Charles se acercó al hueco.

—¿Me permite? —Así diciendo, cogió las tijeras que vio sobre una mesa.

Charles se agachó y la mujer quiso ver lo que estaba haciendo y se asomó a la ventana.

Charles cortó una pernera y luego otra, pero estaba muy nervioso y realizó un sucio trabajo. Ahora una pernera le llegaba por el tobillo y la otra dejaba al descubierto gran parte de la pantorrilla.

Devolvió las tijeras a la asombrada señora y dijo:

—Gracias, es usted muy amable.

Charles, con su nueva indumentaria, volvió a la calle principal.

Asomó la cabeza por la esquina y miró hacia el almacén, pero no vio ni rastro de los matones.

La policía llegaba en aquel momento y se abrió paso al interior del almacén.

Entonces, Charles corrió hacia un taxi que se desocupaba, y se metió dentro.

—Al hotel Juno —ordenó al conductor.

CAPÍTULO VIII

Elizabeth Pearson estaba bajo la ducha, sintiendo la caricia del agua.

Había pasado por grandes emociones aquel día. En primer lugar, había conocido al doctor Murray. Era realmente el hombre que ella había imaginado: pacífico, lleno de voluntad, y también con una gran energía como lo había demostrado cuando las cosas se pusieron mal en el teatro.

Muchas personas se equivocaban con los No-Violentos, considerándolos cobardes, y aquel día James Murray había demostrado que no existía ninguna cobardía en un hombre que deseaba la paz en el mundo.

Salió de la ducha y se frotó vigorosamente con la toalla.

Se interrumpió cerrando los ojos. Estaba pensando otra vez en Murray. Qué hombre tan encantador, tan dueño de sí mismo.

Exhaló un suspiro.

De pronto, oyó un ruido. Salió del cuarto de baño. Había sido detrás de la puerta de su apartamento.

Ahora vio cómo el tirador giraba poco a poco.

Elizabeth apretó contra sí la toalla que la rodeaba y corrió hacia la pared. En el camino, cogió un jarrón.

Seguro que era uno de aquellos hombres que odiaban a los No-Violentos. Frecuentemente, tenían que hacer frente a ataques procedentes de los nuevos fanáticos. ¿No habían acogido a Murray en Berlín con huevos podridos?

Se puso detrás de la puerta, la cual se abría ahora más de prisa.

Entró un individuo.

Elizabeth le estrelló el jarrón en la cabeza.

El hombre se tambaleó y cayó al suelo.

Entonces, Elizabeth agrandó los ojos, se llevó la mano a las mejillas y lanzó un grito.

El hombre que había dejado fuera de combate era el mismísimo James Murray.

—¡Señor Murray...! —gritó.

Se agachó sobre él y le abofeteó en las mejillas, con lo cual, la toalla se deslizó un poco sobre su hombro.

Charles, que era el hombre a quien ella seguía tomando por Murray, despertó con los ojos bizcos.

—Dios mío —exclamó Elizabeth—. Ya lo dejé igual que estaba antes.

Charles se incorporó y, al ver doble a Elizabeth, gritó:

—¿Por qué no me dijo que tenía una hermana gemela? ¿Cuál de ustedes es Elizabeth?

—Yo soy Elizabeth —dijeron las dos a un tiempo ante los ojos de Charles.

—¿Por qué no se ponen de acuerdo? —gimió Charles.

Cerró los ojos y los volvió a abrir. Entonces, el efecto óptico desapareció y sólo vio una Elizabeth.

—Demonios, ¿está usted sola?

—Absolutamente.

—Lo prefiero. Con dos hermanas tan estupendas no habría sabido a quién elegir.

La joven sonrió.

—Es usted original hasta requebrando a una mujer.

Charles se puso en pie.

—¿Por qué me pegó, Elizabeth?

—Creí que era uno de mis enemigos.

—¿Yo enemigo suyo? Eso no lo sería nunca.

Estaban muy cerca, mirándose a los ojos. Charles se sintió víctima otra vez de aquella cosa tan especial que se transmitía de padres a hijos en su rama familiar. Era de nuevo Charles Borel el Blando.

—Elizabeth.

—James.

Se besaron en los labios. La toalla se deslizó por un hombro femenino, pero el propio Charles, púdicamente, la subió.

—Oh, James, eres encantador —dijo ella.

—No me llames James.

—¿Cómo quieres que te llame?, ¿Jimmy?

—No, prefiero que sea Charles.

—Pero ¿qué tiene que ver Charles con Jimmy?

—Es que yo soy Charles.

Los dos habían entablado aquel diálogo como Romeo y Julieta entablaron su primer diálogo cuando se conocieron: tiernamente.

—Entiendo —dijo Elizabeth con pasión—. Te llamas Charles James Murray.

—No —repuso él, acariciándola—. Me llamo Charles Borel, y no tengo nada de americano, soy francés.

—Qué bromista eres, James.

—Y duro con James. Te digo que no soy el hombre que tú crees. Entre Murray y yo sólo existe un parecido. Bueno, un parecido relativo, porque yo no soy bizco ni lo he sido nunca. Además, soy camarero.

Elizabeth retrocedió unos pasos.

Se había roto el encanto. Sus ojos se agrandaban poco a poco.

—¿Es verdad lo que estás diciendo, James, Charles o como sea?

—Lo juro —dijo Charles levantando una mano.

Ella alzó la barbilla.

—Señor Borel, salga inmediatamente de mi apartamento.

—¿Cómo?

—¡Me ha engañado!

—Elizabeth, no puedes estar hablando en serio. Yo soy el hombre que a ti te ha gustado, y no James Murray. ¿Es que si fuese James Murray, ese bizco, te iba a gustar más? Muy bien, si tú me prefieres así, ya estoy bizco.

Charles desvió los ojos.

La joven puso una cara compungida.

—No, Charles, no, te prefiero como antes.

Charles volvió a mirar normalmente a Elizabeth y sonrió yendo hacia ella.

—Tú has encontrado al hombre de tu vida y yo he encontrado a la mujer de mi vida.

—Parece la letra de una canción.

—Caramba, pues es verdad. Le pondré música, y la presentaré a un concurso.

—¿Por qué no hablas en serio, Charles?

—Tú eres lo más serio que he conocido desde que me quitaron el

biberón.

—¡No creeré que soy la única mujer que te ha gustado!

—No, en absoluto.

—¿Cuántas ha habido?

Charles se mordió el labio inferior y se puso a contar con los dedos.

Elizabeth miraba las manos de Charles y, poco a poco, fue poniendo una cara de asombro porque llegó un momento en que a Charles le faltaron dedos, y se puso a contar los botones de la chaqueta y de las mangas.

—¿Tantas? —exclamó Elizabeth con la voz estrangulada.

—Bueno, no sé si me he dejado alguna, pero creo que son dieciséis o diecisiete.

—¡Charles, eres peor que un jeque de Arabia!

—Bueno, no las tuve todas al mismo tiempo. Todo lo más tres... Pero ahora se acabó. Sólo tendré una. A Elizabeth Pearson.

—Ni lo pienses.

—¿Por qué no?

—Yo soy una hija de buena familia.

—No me digas que tu padre es un lord.

—No, no es un lord, pero está en el Parlamento... de escribiente.

—Bueno, entonces es de los míos.

—¿Tienes familia, Charles?

—Sí, como todos.

—¿Tu padre?

—Fusilado.

—¿Tu abuelo?

—Fusilado.

—¡Charles, creí que ya habías acabado con las bromas!

—Estoy diciendo la verdad. Mi abuelo y mi padre fueron unos grandes espías, unos hombres muy importantes. Todo el mundo debería conocer la historia de Charles Borel I el Blando, y Charles Borel II también apodado el Blando. A pesar de su apodo, fueron duros como rocas... Igual que yo. —Charles se palmeó el pecho—. En mi familia todos hemos sido de acero.

—¿Por qué eres camarero, Charles?

—Imagino que no tendrás nada contra los camareros. Son unos tipos muy serviciales, y simpáticos... Yo estoy muy orgulloso de ser

camarero.

—Pero aspirarás a algo más.

—Sí, desde luego.

—Menos mal.

—Pienso ser jefe de camareros.

La joven movió la cabeza de un lado a otro, como si se dijese que con aquel hombre no se podía hablar en serio.

—Eh, Charles, el paquete.

—Oh, sí, el paquete.

—¿Qué pasa con él?

—Que lo quieren muchos tipos.

—¿Por qué, Charles?

—No sé, pero imagino que debe contener algo muy importante.

—Pero ¿cómo llegó a tu poder?

—Me lo dio un muerto.

Elizabeth lanzó un chillido llena de aprensión.

—Me he explicado mal —sonrió Charles—. Fue un moribundo. Un huésped de mi hotel. Le habían pegado dos tiros en el pecho cuando yo llegué a su habitación con un vaso de *whisky*. Naturalmente, ya no necesitaba el *whisky*. Me dio el paquete y me recordó que yo era un hijo de la República francesa. Naturalmente, debe tratarse de algo de espionaje. Sí, eso será. Debo entregar el paquete al espectador sentado en la butaca veinticuatro de la tercera fila en la Sala Laffont, donde se celebran esta noche unos combates de lucha libre.

—Pero ¿por qué no has llamado a la policía?

—Porque el muerto me dijo que no lo dijese a nadie.

—¿Qué sabes de él?

—Sólo tuve en cuenta que se trataba de un moribundo y que hizo una llamada a mi patriotismo. Cumpliré, pese a quien pese.

—Pero esos tipos te persiguen para matarte y robarte el paquete.

—Sí, de eso ya no tengo ninguna duda, y lo malo es que van aumentando. Empezaron dos y ya conté hasta ocho.

Charles abrazó de nuevo a la joven.

—No te preocupes. Todo va a salir bien.

—¿Tú crees?

—Claro —dijo Charles y la besó en los labios.

—El paquete sigue en el bolso —ronroneó Elizabeth.

—Olvídate del paquete ahora —dijo él y la volvió a besar.

—Podríamos abrirlo y así sabríamos lo que contiene.

—Sí, lo abriremos dentro de un par de horas.

—¿Y qué piensas hacer durante esas dos horas?

—Eso ni se pregunta —dijo él y la volvió a besar en un ojo, en la nariz, y en la barbilla.

En aquel momento la puerta se abrió de golpe.

Elizabeth lanzó otro chillido porque estaba mirando hacia el hueco.

Charles se volvió.

—No, hombre, ahora no... —dijo viendo a René y a Yves y a otros dos matones de la pandilla.

CAPÍTULO IX

René tenía el ojo derecho casi cerrado, e hizo una mueca horrible.

—Ya se acabó el baile, Charles.

—No, ahora empieza —dijo Charles y, atrapando a Elizabeth por la cintura, inició unos pasos de baile apache.

—Plomo con él si no se aparta de la muchacha.

Elizabeth dio un grito. Fue ella quien se apartó.

—Charles, tienes unos amigos que no me gustan nada.

—No te preocupes —contestó Borel, señalando a los fulanos—. Bajo ese aspecto de brutos, esconden los mejores instintos. Te apuesto doble contra sencillo a que han venido aquí para que comamos juntos la merienda —se frotó las manos—. Adelante, muchachos, saquen la tortilla de patatas.

Yves arrugó la nariz y sacó su cuchillo de resorte.

—Te estás ganando un cuchillazo en el quinto espacio intercostal.

—Eso se lo dirás a todos, guapo.

Yves avanzó hacia Charles, empuñando el arma blanca.

Elizabeth exclamó:

—¡Si da un paso más me pongo a gritar!

Yves, sugestionado, se detuvo.

René hizo chascar los dientes.

—Ahora tenemos también una chica lista...

Charles se dirigió a René:

—¿Puedo decirte un secreto, amigo René?

—¿De qué se trata? Me gustan los secretos.

—Ella y yo nos fugamos.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Para casarnos. Sus padres no nos dejan.

Yves gritó:

—¡Cuidado, René! ¡De un momento a otro va a sacar lo del camello!

René soltó un juramento y apuntó el arma al estómago de Charles.

—¡Ya se te acabó la cuerda!

Cara de Bulldog estaba con la boca abierta, mirando perplejo a cada uno de los que hablaban, porque aquel diálogo era un poco loco para él.

—Éh, infiernos, ¿qué es lo que pasa aquí? —chilló como una histérica. Elizabeth.

—Eso —dijo Charles—. ¿Qué infiernos pasa aquí? Mi chica y yo estamos esperando al cura y, ¿qué es lo que aparece? Los testigos. Pónganse en cola. Esperen a que empiece la ceremonia. Si alguien abre la boca, lo tiro fuera.

Rene saltó sobre Charles y le puso el cañón en la sien.

—Una palabra más y te vuelo el techo.

—No hagas eso, René. Lo necesito, aunque tenga goteras.

—A callar he dicho.

—Sí, señor.

Se hizo un silencio.

Elizabeth Pearson estaba asustada, pero se atrevió a hablar:

—Oiga, no mate a Charles, o avisaré a mis amigos, los No-Violentos.

—Usted y sus amigos me hacen muy poca gracia... Si veo aparecer a uno de ellos por aquí, lo dejo tuerto de un pistoletazo... Y ahora se acabaron los discursos. Charles, vas a soltar el paquete de Alain Delluc. ¡Lo vas a soltar en seguida o aquí va a correr la sangre!

Charles dio un suspiro. Ya había llegado al límite. De nada habían valido sus esfuerzos para llevar el paquete al especiado de la butaca 24 de la fila tercera de la Sala Laffont.

—No te daré el paquete —dijo en un acceso de rabia.

—No, ¿eh? Pues eres hombre muerto.

—No te atreverás a matarme porque entonces te quedarás sin lo que buscas.

—Ahora sabemos el juego que te trajiste.

—¿Qué juego?

—Le diste el paquete a la muchacha. De modo que, te podemos

matar tranquilamente y luego ella y yo nos entenderemos muy bien, ¿verdad, preciosa?

—Están ustedes equivocados —contestó Elizabeth—. Yo no tengo nada.

René la miró de pies a cabeza y dijo:

—Eres muy modesta, porque yo diría que tienes muchas cosas. ¿Qué os parece, muchachos?

Todos rieron.

Charles sintió que la sangre hervía en sus venas.

—¿Sabes lo que eres tú, René?

El matón del ojo morado apretó más el cañón de la pistola sobre la sien de Charles.

—Anda, chico, suéltalo. Dime lo que soy.

—Un puerco.

—Eres muy valiente, y te voy a dar el plomo que te ganaste.

—¡No! —gritó Elizabeth.

—¿Por qué no?

—Si lo matan, les juro que no verán la mercancía que buscan en todos los días de su vida.

Yves intervino:

—Cuidado, René. La chica habla en serio.

René bajó el brazo y Charles tuvo la impresión de que volvía a nacer.

—Está bien, nena —gruñó René—. ¿Dónde está el paquete?

Elizabeth miró a Charles:

—Perdona, Charles, no tengo más remedio que dármelo. Así nos dejarán en paz.

—¿Crees que nos dejarán en paz?

René contestó:

—Sólo nos interesa la mercancía. Si nos la das os podremos dejar para que sigáis dándoos besitos.

—Ya lo has oído, Charles —dijo Elizabeth—. No tenemos más remedio que darles el paquete.

Charles creyó comprender y sacudió la cabeza.

—Está bien, Elizabeth. Dáselo.

—Aquí lo tienen —dijo.

Rene avanzó hacia Elizabeth para apoderarse del bolso. Entonces, Elizabeth le pegó con él en la mano armada y luego en la cabeza.

Charles no se estuvo quieto, saltó sobre Yves a quien pegó un testarazo en el vientre.

A renglón seguido disparó la pierna izquierda contra la ingle de Cara de Bulldog y, cuando éste se venía hacia adelante, le pegó con el filo de la mano en el cuello.

—Demonios —dijo Charles, sonriendo—. Esto no lo hace ni James Bond.

Elizabeth saltó a su lado porque ya se había librado de René, quien, aturdido, se quejaba en el suelo.

—Charles, hay que correr.

Borel tomó a la joven de la mano y los dos salieron corriendo del apartamento.

—¿Adónde vamos?

—A la calle.

—No podemos.

—¿Por qué?

—Mira cómo estoy. —Elizabeth seguía envuelta en una toalla.

—No podemos volver por tu ropa.

Echaron a correr por el pasillo.

De pronto, se abrió una puerta y en el hueco apareció un hombre que se cubría con *smoking* y sombrero de copa. Sus ojos eran dos ascuas de fuego y tenía en el mentón una barba de chivo tan negra como el azabache. De su cuello pendía una capa forrada raso rojo.

—¿Puedo hacer algo por ustedes?

—Claro que puede mucho —dijo Charles, y él y Elizabeth se colocaron en el apartamento.

El hombre cerró la puerta, se volvió hacia ellos con una sonrisa y dijo tras una inclinación:

—El esposo celoso los sorprendió, ¿eh?

Elizabeth fue a protestar, pero Charles dijo:

—Así es.

—Entonces, métanse en ese baúl.

El baúl era enorme y aquel hombre lo abrió por la mitad dejando ver sus dos partes huecas.

Elizabeth se metió en un lado y Charles en el otro.

Entonces, el huésped lo cerró produciendo un chasquido.

La puerta se abrió de golpe y René entró con el revólver por

delante.

—¿Dónde están?

—Eh, ¿quién es usted?

—Rápido, dígame dónde están o le hago tragar la perilla, cara de chivo.

—¿Se refiere a dos jóvenes?

—Sí, y ella se cubre con una toalla.

—Los vi meterse en ese baúl.

—Sí, ¿eh?

René apuntó al baúl con la pistola.

—Eh, ¿qué va a hacer? —preguntó el huésped.

—Voy a llenar de balas a los dos muchachos. Se lo tienen bien merecido.

Del interior del baúl llegaron unos golpes y la voz de Charles:

—¡No tires, René!

—No, ¿eh? Ahí tienes mi respuesta.

René apretó el gatillo de la pistola con silenciador. Se oyeron varios estampidos y en el baúl aparecieron tres, cuatro, cinco agujeros.

Yves entró por detrás de René.

—Así se hace.

—Anda, Yves, abre ese baúl y saca el bolso. Los llené bien de plomo a los dos. Ninguno te dará molestias.

El huésped de la habitación estaba con los brazos cruzados observando a aquellos hombres con atención.

Yves llegó ante el baúl y lo abrió.

Retrocedió de un salto dando un grito. En una de las mitades había un mono y en la otra una paloma.

—Eh, René, ¿qué ha pasado aquí?

—Este tipo me engañó. Dijo que dentro estaban Charles y la chica. ¿Cómo se llama usted, amigo?

—Mefistófeles.

—Pues se lo voy a dejar más corto. A tiros.

—Serénese, amigo. Yo le dije que las personas que usted buscaba estaban en el baúl, y están en el baúl.

—¿Espera que me crea que esos bichos son ellos?

—Desde luego.

—Usted está chiflado, compañero.

Mefistófeles se acercó al baúl, lo cerró y lo volvió abrir.

Ante los ojos de los testigos se produjo algo insólito. En la mitad donde había estado el mono estaba ahora Charles, y en la otra mitad Elizabeth en lugar de la paloma.

Mefistófeles cerró el baúl inmediatamente, y así lo dejó.

—Eh, ¿qué es lo que ha hecho, maldita sea? —gritó René—. ¡Abra otra vez eso! ¡Ábralo inmediatamente! ¡Son ellos!

Y ves sonrió.

—No es necesario que te apresures, René. Son ellos, están ahí dentro y no pueden escapar.

Mefistófeles sacó unos guantes del bolsillo y, mientras se los ponía, se dirigió a la puerta.

—Caballeros, yo me retiro para almorzar. Les dejo a ustedes con el baúl.

René le pegó dos palmadas en la espalda.

—Coma tranquilo. Es usted un tipo de lo más grande. Y como soy agradecido, yo le invito. —René sacó un par de billetes y los entregó a Mefistófeles, el cual se apodere de ellos, hizo una reverencia y se marchó.

Otro par de matones entraron en el apartamento.

—¿Dónde están?

Yves y René cambiaron una sonrisa y finalmente el primero dijo:

—Ya los atrapamos. Están ahí en ese baúl.

—¿Y por qué no los sacáis?

—Ábrelo tú, André.

André era Cara de Bulldog y, un poco desconcertad, se acercó al baúl y lo abrió.

Volvieron a aparecer el mono y la paloma.

Yves y René se mondaron de risa sujetándose el estómago.

André hizo un gesto fiero que lo asemejó más a un bulldog encolerizado.

—No me gustan nada las bromas cuando estoy trabajando —exclamó—. De modo que, ya basta. ¿Dónde están?

—En el baúl —contestó Yves mientras le caían lágrimas por las mejillas—. Pero no abriste por el lugar que debías. Ciérralo y ábrelo otra vez.

Cara de Bulldog cerró el baúl y lo volvió a abrir.

Ahora en el hueco de la izquierda había un conejo y en el otro

una gallina.

—Maldita sea, ya me estáis cansando.

Yves y René, que seguían riendo, ya no lo hacían con tanta gana al ver los nuevos animales que habían aparecido en los huecos.

—Yves —dijo René—. Cierra y abre tú.

—Ya voy.

Yves cerró el baúl y lo volvió a abrir.

En una de las mitades apareció un cochinillo de cuatro meses que se puso a emitir sus chillidos característicos, y en la otra mitad se dejó ver una gata de angora.

Yves cerró y volvió a abrir con mucho nerviosismo.

El cochinillo fue suplantado por un perro, que se puso a ladrar furiosamente a Cara de Bulldog, y en la otra mitad parloteaba una cotorra de brillante plumaje.

Yves cerró el baúl con estrépito y se volvió hacia René:

—¿Y tú eres el listo? ¡Dejaste escapar a ese Mefistófeles y aún le pagaste la comida!

—Tienen que estar ahí dentro. Yo los vi con mis propios ojos.

—Muy bien. Búscalos.

—¡Fuera los dos! ¡Sois un par de inútiles!

René pegó un manotazo a un lado y a otro apartando a Yves y a André Cara de Bulldog.

Metió la pistola en el cinturón, cogió las dos mitades del baúl y abrió.

Volvió a aparecer el mono y la paloma.

Empezó a cerrar y abrir el baúl con mucha rapidez, y fueron apareciendo sucesivamente los animales que seguían al mono y a la paloma.

Se oyó un rugido, pero no fue producido por ninguno de los animales, sino que había brotado del pecho de René.

—Ese tipo nos la ha jugado, maldita sea. Debe ser un cómplice de ellos.

—Ya sé —dijo Yves.

—¿Qué es lo que sabes?

—Se escaparon por el suelo. Tiene que haber una trampilla.

Yves y René se abalanzaron sobre el baúl y lo arrastraron cambiándolo de lugar, pero en el suelo no había ninguna marca.

René se puso de rodillas y estudió pulgada a pulgada el piso.

Sus compañeros estaban absortos, observándolo también.

El baúl había quedado cerca de la puerta y Charles y Elizabeth salieron a gatas de los receptáculos en que el mago los había alojado.

—¡No puede ser, maldita sea! ¡No puede ser! —gritaba René.

Charles alargó la mano y abrió la puerta silenciosamente.

Elizabeth se escabulló por el resquicio y, a continuación, lo hizo Charles, pero al cerrar la puerta sonó un chasquido.

—¿Qué es eso? —preguntó Yves, y él y sus compañeros volvieron la cabeza.

CAPÍTULO X

Elizabeth y Charles se metieron en un taxi.

El conductor enarcó las cejas al ver que la joven estaba envuelta en una toalla.

—¿Adonde va a tomar el baño? —preguntó con soma.

—En la Sala Laffont —contestó Charles siguiéndole la corriente.

El conductor arrugó la nariz.

—Caramba, es una luchadora de catch.

—Usted tiene pupila, amigo. Y ahora, ¿quiere llevarnos rápidamente a la Sala Laffont? Tenemos prisa.

—Oh, sí, en seguida.

Corrían los primeros días de diciembre y en París se hacía de noche muy pronto.

—Tengo frío, Charles.

—Pobrecita mía, estás helada —dijo Charles y le pasó el brazo por los hombros.

La besó en la nariz.

—¿Qué tal ahora?

—Mucho mejor.

Charles miró la piel de ella y dijo:

—Yo también estoy mucho mejor.

Ahora se besaron en los labios, pero, de pronto, ella se quedó rígida.

—¿Qué te pasa? ¿Otra vez te helaste?

—Estaba pensando en el paquete. ¿No crees que es demasiado temprano para ir a la Sala Laffont? No habrá empezado todavía el espectáculo y tendremos que esperar al espectador de la butaca veinticuatro de la fila tercera.

—Sí, tienes razón, y nos viene bien. No puedes ir desnudita por el mundo. Tienes que ponerte algo... Eh, conductor.

El chófer volvió la cabeza.

—¿Qué quiere, amigo?

—Llévenos a la rué de la Paix.

—¿La rué de la Paix? —exclamó Elizabeth—. Esos almacenes son muy caros.

—No te preocupes. De eso me encargo yo. Te voy a regalar el vestido que más te guste. Es lo que tú mereces.

—Pero, Charles, no puedo consentir que te gastes tus ahorros.

—Son míos, ¿no? Pues hago con ellos lo que quiero.

En ese momento el conductor volvió la cabeza.

—Eh, señor, nos siguen. Un coche negro.

Charles miró por la ventanilla trasera y vio un coche negro que avanzaba. A través del parabrisas pudo ver unas caras que no le gustaron.

—Sí, creo que el chófer tiene razón —dijo—. Ya los tenemos ahí otra vez.

—Charles, ¿no será mejor que llamemos a la policía?

—Ya te he dicho que no puedo. Fue lo que dijo Alain Delluc. Hemos de solucionarlo por nuestros propios medios. Además, me temo que no nos dejarán acercarnos a un agente. Si ellos han de perder el paquete estoy seguro de que no querrán que sea nuestro, y nos liquidarán.

—Sí, creo que tienes razón.

—Eh, chófer —dijo Charles al conductor—. Apriete el acelerador. Le pagaré el doble.

—¿Y quién me pagará el ataúd?

—Eso será cuenta de su seguro.

Sin embargo, el conductor aumentó la velocidad de su auto y empezó a conducir temerariamente.

El chófer se echó a reír.

—Les estamos sacando ventaja.

—Siga.

—Un chófer de París puede competir con quien sea en una carrera.

—Estoy de acuerdo con usted —lo alentó Charles.

Al cabo de un rato, el conductor dijo:

—Estamos en la rué de la Paix y si quieren bajar pueden hacerlo. Ellos tardarán un poco en llegar.

—Trato hecho, amigo.

Charles le dio al chófer un montón de billetes.

—Todo para usted.

El chófer frenó bruscamente junto al bordillo de la acera.

Elizabeth y Charles saltaron del auto.

Algunas personas miraron a la joven con curiosidad.

Se metieron por la primera puerta que encontraron, sobre la que se leía: «*Madame Chantal*».

Una señora muy estirada y que usaba anteojos puso cara de espanto al ver a Elizabeth.

—Perdón, ¿qué significa esto?

—¿*Madame Chantal*? —preguntó Charles.

—La tiene usted delante.

Charles le cogió la mano y la sacudió muy aprisa.

—Encantado de conocerla, *madame Chantal*... Verá, a mi mujer se le quemó la ropa. La pobre escapó de un incendio. Se ha salvado de milagro. Menos mal que pude rescatarla de entre las llamas...

—Es usted un héroe.

—Lo soy, *madame Chantal* —dijo Charles mirándose la punta de los zapatos—. No lo sabe usted bien.

—¿Quieren seguirme, por favor?

Elizabeth tenía las mejillas enrojecidas.

Charles la tomó por la mano.

—Vamos, nena, no seas tímida.

Siguieron a *madame Chantal* hasta un lujoso y amplio salón y allí los invitó a que se sentasen en un diván.

Entonces, *madame Chantal* se acercó a una mesa y agitó una campanilla. Abriéronse unas cortinas del fondo.

Madame Chantal dijo:

—Justamente, debíamos pasar nuestra colección para la princesa Abigail de Rockenfurt, pero la princesa acaba de telefonar diciendo que no puede venir.

—Caramba, he estado con la princesa muchas veces en su mesa.

—¿Usted, señor?

—La princesa y lo hemos estado como éste y éste —dijo Charles y unió su hombro al de Elizabeth.

—Ya me di cuenta cuando entró que es usted un caballero.

Madame Chantal agitó otra vez la campanilla y empezó el desfile de modelos.

Las chicas eran monísimas y los vestidos también.

—Me gusta ése —exclamó Elizabeth, señalando un traje de chaqueta color coñac.

—Es tuyo —repuso Charles.

—¿Se lo envuelvo o se lo lleva puesto? —preguntó *madame* Chantal.

En aquel momento se oyeron voces y entró en el salón un grupo muy distinguido de personas.

—¡Princesa Abigail! —exclamó *madame* Chantal—. ¡Cuánto honor me hace y qué sorpresa!

—Perdona, Chantal —contestó una mujer alta de cincuenta años —, pero volví a cambiar mis planes. Ya sabes que tengo fama de versátil.

—Y yo me alegro mucho de que haya cambiado, porque así me concederá el honor de ver mi colección.

Madame Chantal hizo una inclinación a los acompañantes de la princesa.

—¿Cómo está, conde Hugo...? Celebro verla, marquesa de Rambouillet... ¿Sigue bien su señora madre, duquesa de Cantoferato...? Oh, princesa Abigail, precisamente aquí tengo a un amigo suyo.

—¿Amigo mío...? ¿Dónde está?

—Ahí sentado.

La princesa miró allí y en su cara se reflejó una expresión de sorpresa.

—Charles, ¿tú aquí?

—A sus pies, princesa —dijo Charles haciendo una reverencia.

Madame Chantal seguía creyendo en el grado de amistad que existía entre Charles y la princesa Abigail porque estaba resplandeciente de orgullo.

La princesa miró con sus anteojos a la acompañante de Charles, dedicando especial atención a la toalla.

—¿Es un nuevo modelo, querida?

Elizabeth levantó la barbilla.

—Último modelo, princesa. Toalla al gusto de Benvenuto Cellini.

—Sí, debe ser un buen modelo para la chica de un camarero.

Madame Chantal creyó haber oído mal.

—¿Cómo ha dicho, princesa?

—De un camarero.

—No la comprendo, princesa.

—Entonces lo siento mucho, porque ya nos vamos.

—Oh, no puede marcharse. Voy a pasar la colección para usted...

—Lo siento, *madame* Chantal, pero hay cosas que una persona como yo no puede soportar, y es mezclarse con el vulgo. Ciertas personas están bien para que sirvan en un restaurante, pero para nada más... Vamos, amigos.

En aquel instante aparecieron René, Yves, Cara de Bulldog y otro matón. Todos manejaban pistola.

—Aquí no se mueve nadie —dijo René.

—¡Un asalto! —gritó la princesa y se desmayó, pero tuvo buen cuidado de caer en brazos del conde Hugo.

Otra de las acompañantes, la marquesa de Rambouillet, lanzó un alarido y también se desmayó, pero el hombre que estaba a su lado tenía más miedo que ella, y no la cogió a tiempo. El resultado fue que la marquesa se dio un batacazo de antología.

André Cara de Bulldog, dio un paso hacia adelante y ladró:

—El jefe me ha dicho que desde ahora soy yo el que manda aquí. ¿Me has oído, Charles...?

Charles hizo un saludo a René.

—Siento que te hayan destituido, amigo.

—Gracias.

—No me las tienes que dar. Pero te aseguro que me resultabas más simpático que tu amigo Cara de Perro.

André soltó un ladrido más ronco que antes.

—¿No sabes lo que quiere decir eso...? Yo te lo diré, Charles. No voy a tener contemplaciones contigo.

La princesa Abigail volvió en sí, pero al ver la escena se volvió a desmayar.

André hizo una señal con la pistola a sus compañeros. René e Yves se adelantaron hacia el diván en donde se encontraban Elizabeth y Charles.

Charles saltó interponiéndose entre aquellos dos hombres y Elizabeth.

—No la toquéis.

—Te vamos a tocar a ti —dijo René y le tiró el puño a la cara.

Borel se agachó y el matón falló el golpe y se derrumbó en el suelo.

Y ves también disparó su puño contra Charles, pero éste lo burló nuevamente y su presunto agresor cayó también.

André se puso a aplaudir, golpeando la pistola contra la palma de la otra mano.

—Eres un tipo grande, Charles.

—Muy amable.

—Te has podido librar de ellos, pero no de mí.

—Hagamos la prueba.

—Sí, ¿eh?

—Sí.

André se puso en marcha con la pistola en la mano. Recorrió la distancia que lo separaba de Charles, sonriendo jactanciosamente.

Los otros hombres que habían caído al suelo se levantaron y se apartaron para que actuase el hombre que ahora los mandaba.

André hizo un amago de pegar con la pistola, pero lo que puso en marcha fue el puño izquierdo.

Sin embargo, Charles estaba preparado y fue el puño izquierdo lo que burló y no la pistola.

Luego disparó su izquierda que llegó limpiamente a la mandíbula de André, el cual, convertido en un obús, chocó contra una consola del siglo XVI y la convirtió en astillas.

—A por él —gritó René.

El y su compañero Yves echaron a correr hacia Charles, usted saltó a la lámpara y golpeó con los dos pies a los hombres que pretendían alcanzarlo.

René hizo fuego.

Un trozo de lámpara saltó en pedazos.

Madame Chantal soltó un alarido parecido a una sirena y, atrapando al matón que tenía más cerca, le pegó un puñetazo enviándolo contra sus compañeros. Todos cayeron en un revoltijo.

—Ahora, muchacha —gritó Charles.

Elizabeth no necesitó que le dijese nada porque ya estaba corriendo hacia una puerta.

Charles desapareció tras de ella y cerró.

Yves y André dispararon sus pistolas.

En la puerta aparecieron media docena de agujeros.

—Bien, ya los hemos liquidado —dijo André satisfecho.

Corrió hacia allí y abrió de un tirón.

De la otra parte le cayó un hombre sobre los brazos.

—Aquí está Charles —dijo, pero borró la sonrisa de sus labios al ver que sujetaba un maniquí.

No había ni rastro de Charles ni de Elizabeth.

—¡Vamos, muchachos! —gritó André.

Todos echaron a correr en pos de sus víctimas.

La princesa Abigail abrió los ojos y dijo:

—¿Dónde está ese hombre...? ¿Dónde? ¡Qué maravilloso, qué valiente...!

CAPÍTULO XI

En una *suite* de un lujoso hotel de París se puso a sonar el teléfono que había sobre una mesa.

Delante del teléfono se alzaba un sillón de alto respaldo en donde se sentaba el huésped. El hombre alargó su brazo, tomó el teléfono y preguntó:

—¿Quién llama?

—Soy yo, jefe..., André.

—Me alegro de que me llames. Ya sabía que no fallarías. Imagino que habréis liquidado a esos dos entrometidos, al camarero y a la No-Violenta. Tráeme en seguida el paquete.

—Pero, jefe, verá las cosas no pasaron como yo quería.

—¿Qué pretendes decir, André? ¿Que tú también has fracasado como René?

—No se puede decir que sea un fracaso.

—¿Están muertos Charles y la muchacha?

—No.

—¿Tienes el paquete?

—No.

—Imbécil, si eso no es un fracaso, ¿cómo quieres que lo llame?

—No tiene que preocuparse, jefe. Les hemos seguido la pista y sabemos dónde están.

—¿Dónde?

—En la Sala Laffont.

—¿Sala Laffont? ¿Te refieres a ese lugar en donde hacen combates de lucha libre?

—Sí, jefe, acaban de entrar allí. Hay mucho público fuera. Hoy pelean las dos figuras máximas de la lucha libre, El Enmascarado y La Bestia Humana. Mi favorito es La Bestia Humana. ¿Apuesta dos dólares, jefe?

—¿Qué es lo que estás diciendo, cretino? ¿Qué me importa a mí

La Bestia Humana o El Enmascarado? ¡Lo que quiero es el paquete de Alain Delluc! ¿Cuántos hombres tienes contigo?

—Seis.

—Está bien. Te mandaré otros seis. Y si con doce me volvéis a fallar, juro que os convierto a todos en abono nitrogenado.

—No se preocupe, jefe. Ya puede dar por seguro que tendrá su paquete.

—De todas formas, yo iré ahí.

—¿Dónde estará?

—No te lo puedo decir. Yo estaré sentado en una de las butacas de la primera fila.

—Está bien, jefe.

—Quiero decir con eso, que os estaré vigilando.

—Sí, señor. Lo tendremos en cuenta.

—Para mi tranquilidad, no quisiera que se llegase al último combate sin que todo se hubiese solucionado.

—Lo solucionaremos mucho antes. Descuide.

—De acuerdo, André. Hasta luego.

La mano dejó el auricular en la horquilla y la habitación quedó envuelta en un silencio.

En la Sala Laffont ya habían empezado los combates. Dos luchadores se retorcían en el suelo tratando de hacer presa el uno en el otro.

El público rugía.

El árbitro, tendido en el suelo, observaba los movimientos de los dos rivales.

Aquella velada había despertado una gran expectación entre los amantes de aquel deporte.

En el último combate de la noche se enfrentarían los dos ases de la agarrada y del cachiporrazo, El Enmascarado y La Bestia Humana.

Las filas más cercanas al *ring* se hallaban totalmente ocupadas, a excepción de una sola butaca. Justamente la número 24 de la tercera fila.

Allí no había nadie.

Charles se abrió paso a codazos por el pasillo.

Los espectadores gritaban hacia el *ring*, en donde contendían

dos luchadores.

Charles avanzaba agachado, tratando de pasar desapercibido.

En un momento determinado se detuvo y miró a la izquierda. Contó las filas y las butacas mentalmente. Al fin, sus ojos se detuvieron en una butaca, la 24 de la tercera fila. Pero estaba vacía, y él también sintió un vacío en el estómago.

Entonces retrocedió por el camino que le había traído hasta allí.

Los espectadores que estaban en pie se volvieron a sentar porque había pasado el momento de emoción en el cuadrilátero.

Eso resultó malo para Charles porque quedó a la intemperie.

De pronto, descubrió a uno de los matones, a André, Cara de Bulldog. Estaba junto a una puerta mirando a un lado y a otro.

Charles quiso ser tortuga para esconder la cabeza, pero, como carecía de concha, se agachó lo que pudo y avanzó con más rapidez.

Al fin ganó la salida, mía puerta que conducía a las dependencias de la Sala Laffont.

Cruzó por un pasillo que olía a linimento.

Una puerta estaba abierta y un preparador abofeteaba a su pupilo mientras le daba instrucciones:

—Jacques, tienes que ganar el combate, y para ganarlo solo tienes que pensar que el hombre con quien te enfrentas es tu tío. Recuerda cómo te pegaba. ¿Lo entiendes, Jacques? Ese tipo llamado El Estrangulador es tu tío... Es tu tío.

Charles siguió andando por el corredor.

Dobló a la izquierda. Allí no había gente. Eran habitaciones destinadas a mobiliario fuera de uso.

Abrió una puertecita y en seguida oyó un estornudo.

—Lo siento, pequeña. Vas a coger una pulmonía.

Elizabeth estaba dentro, envuelta en su toalla.

Habían llegado a la Sala Laffont utilizando un taxi después de su última aventura en el salón de *madame* Chantal.

Charles había sobornado a un portero de la puerta trasera dándole unos cuantos billetes.

—Bueno, al fin todo terminó —dijo Elizabeth—. ¿Cómo es el hombre al que entregaste el paquete?

—Es el hombre invisible.

—¿Cómo?

—Quiero decir que la butaca está vacía.

—Dios mío, no nos puede ocurrir eso.

—Pues nos ha ocurrido.

—Pero Alain Delluc dijo que ese hombre estaría allí.

—Piensa que la función no ha terminado. Acaban de empezar los combates.

—¿Y si no viniese?

—Tiene que venir.

—Charles, tú no sabes si a ese hombre lo han matado.

—No pienses en eso, Elizabeth.

—¿Y qué quieres que piense?

—Que todo va a salir bien —dijo él, y la estrechó entre sus brazos.

Permanecieron así un rato, envueltos en la oscuridad.

Ella estornudó de nuevo.

—Tenemos que encontrar una prenda para sustituir a esa toalla —dijo Charles.

—Puedo resistirlo.

—Ellos nos tienen bien localizados por esa condenada toalla. Vuelvo en seguida.

—Ni hablar. Yo no me quedo aquí sola.

—No tardaré ni un minuto.

—Oí antes un ruido. Creí que era un ratón. Sentí que me moría. No, me quedaré sola.

—Está bien. Ven conmigo.

Charles asomó la cabeza y miró a un lado y a otro del pasillo. Dio un suspiro de alivio porque estaba desierto. Entonces, los dos salieron de aquella habitación.

Doblaron el corredor.

Charles sacó unos billetes del bolsillo. Compraría al primer empleado subalterno que se encontrase.

De pronto, Elizabeth le dio un tirón en la manga.

—¡Charles!

—¿Qué pasa?

—Son ellos.

Charles vio un grupo de hombres y más allá a Cara de Bulldog.

Abrió la primera puerta que encontró a su paso y se metió dentro, tirando de Elizabeth.

Un hombre pequeñajo se mesaba los cabellos, mientras gritaba

con desesperación.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué...?

—¿Qué es lo que he hecho? —preguntó el tipo que tenía delante.

—¡Y yo que he sido un padre para ti! ¡Que te he criado! ¡Que me he sacrificado, y ahora me haces esto en el combate más decisivo de tu vida...!

La reprimenda iba dirigida a un hombre que se tambaleaba.

El pequeñajo pareció darse cuenta de que no estaba solo con su pupilo y se dirigió a Elizabeth y a Charles:

—Por favor, no digan nada de esto.

—No se preocupe —contestó Charles—. No lo diremos a nadie.

—Pero ustedes son periodistas.

—No, no lo somos.

Charles vio un albornoz colgado de una percha, lo cogió y se lo entregó a Elizabeth.

—Anda, ve a la habitación del fondo y pónelo.

El pequeñajo arrugó el entrecejo.

—Eh, ¿qué es lo que pasa aquí?

—Mi chica se quedó sin vestido.

—Entiendo, el público a veces se pone así en este local...

—Sí, son muy impulsivos. —Charles señaló al hombre que se tambaleaba—: ¿Quién es?

—¿Quién va a ser? El Enmascarado. Sí, éste es el hombre que yo empujé a la cumbre. Durante cuatro años le llevé por provincias, y logré meterlo en París. Seis combates en la Sala Laffont y seis victorias. Por fin, conseguí enfrentarlo a La Bestia Humana y fíjese lo que me hace el muy miserable. ¡Se ha emborrachado como una cuba!

El Enmascarado, que no tenía ahora ninguna máscara en el rostro, frisaba en los veinticinco o veintiséis años, y era un tipo con un pecho enorme, la cabeza bien asentada sobre los hombros, porque poseía un cuello de toro.

Sonrió con una mueca y dijo:

—Yo te diré lo que pasó, Raymond... Unos amigos me invitaron para celebrar mi victoria anticipada... Eran unos buenos chicos...

El llamado Raymond se pegó en la frente.

—¡Ya comprendo lo que hicieron! Ha sido una sucia faena.

Seguro que los tipos te fueron enviados por ese manager sin escrúpulos, por Maurice Potter, el cuidador de La Bestia Humana.

—No te preocupes, Raymond —contestó El Enmascarado soltando hipidos—. Ganaré a ese hombre. Le ganaré y le retorceré el pescuezo de esta forma.

Hizo un movimiento con las dos manos y se vino abajo estrepitosamente.

El cuidador lanzó un gemido y se dejó caer en una silla. Señalando a su pupilo dijo:

—Éste es el final de nuestra carrera, George.

—¿Por qué no prueba a darle una ducha? —sugirió Charles.

—No hay nada que hacer. Nos llamarán dentro de unos minutos. George necesitaría medio centenar de duchas para encontrarse en condiciones.

Elizabeth salió en aquel momento cubriéndose con el albornoz. Estaba muy atractiva.

—Sólo hay una solución —dijo el preparador—. Informaré que El Enmascarado se ha puesto enfermo repentinamente, pero tendré que sobornar al médico para que no me contradiga.

—¿Le darán otra oportunidad? —preguntó Charles.

—Lo dudo mucho porque los jetazos sabrán lo que realmente ha pasado.

—Lo siento.

—Gracias, pero eso no me sirve.

—Aquí tiene este dinero por el albornoz.

—Quédese, se lo regalo.

Sin embargo, Charles dejó el dinero sobre la mesa, tomó a la joven del brazo y se dirigieron hacia la puerta.

Charles asomó la cabeza por el corredor.

Un luchador llegaba en aquel momento, sonriente, acompañado por muchos hombres, algunos de los cuales disparaban sus cámaras fotográficas.

—Vamos, muchacha —dijo Charles—. Hemos de ir otra vez a la sala. Seguro que la butaca está ya ocupada.

Pero ahora fue el propio Charles quién se detuvo.

—¿Qué pasa, Charles? —inquirió Elizabeth.

—Ahora hay dos. Cara de Perro y otro. Están al final del pasillo...

El compañero de Cara de Perro miró hacia allí.

Charles se agachó rápidamente y tiró de Elizabeth haciéndola caer de rodillas.

—¡Nos han visto! —exclamó la joven.

—Vamos otra vez a la habitación de El Enmascarado.

Andando a gatas, se colaron de nuevo en el cuarto.

En el otro extremo del corredor, Cara de Bulldog rezongaba:

—¿Estás seguro de que les has visto, Guy?

—Sí, André. Les vi aparecer cuando esos hombres se metieron en el cuarto del luchador que acababa de ganar.

Sin embargo, ahora el pasillo estaba despejado y André no veía rastro de Charles ni de Elizabeth.

—¿Dónde están, Guy?

—Está claro. André. Se han metido en la otra habitación. En la tercera.

Guy estaba acertando, porque señalaba justamente la cabina de El Enmascarado.

—Me gustaría que no te equivocases, Guy —dijo André.

—No, jefe. Estoy, seguro que se han metido allí.

—Está bien. Vamos.

Los dos hombres se pusieron en marcha.

André metió la mano en el bolsillo, donde tenía la pistola, y apretó la culata.

Llegaron ante la puerta en que se leía: El Enmascarado, y André abrió sin llamar.

Ante ellos se ofreció una escena muy deportiva.

Un hombre, con la ligera vestimenta de luchador les daba la espalda mientras hacía ejercicios de precalentamiento.

El manager, un pequeñajo, decía:

—Más torsión a la derecha. Dobla ahora la cintura rápidamente hacia la izquierda. Ataca con la cabeza...

—Eh, ustedes —llamó André.

El luchador pareció no oír y continuó con sus ejercicios.

Raymond bajó la cabeza.

—No hay declaraciones para la prensa hasta después del combate. Ya lo dije. Ustedes ya saben cómo son las reglas.

—Cierra el pico, enano —repuso André entrando en la habitación—. Y tú, Enmascarado, vuelve la cabeza. Quiero verte la

cara.

El hombre que se cubría con los pantaloncitos volvió la cabeza. Tenía el rostro cubierto con una máscara, pero temblaba un poco porque era el mismísimo Charles Borel, el camarero metido en un negocio de espionaje.

CAPÍTULO XII

—¿Qué les pasa a ustedes? —preguntó el manager.

—Estamos buscando a un tipo y a una mujer —contestó André.

—Está bien que busquen a la mujer, pero ¿por qué al tipo?

—No hagas chistes, enano, o te la ganas.

Charles tuvo un arranque y levantó los puños. Disfrazando la voz, dijo:

—A ustedes les van a sacar de aquí en camilla.

André sacó la pistola.

—Una palabra más y te deshago las narices con un plomo.

Charles se quedó quieto porque necesitaba las narices para respirar.

El manager Raymond intervino otra vez:

—Oiga, no me gusta que atemoricen a mi pupilo antes del comienzo del combate. Ande, díganos que ha venido aquí enviado por Maurice Potter. Sería una cosa digna de él.

—¿Cuántas veces te he de decir que te calles, enano? Te dije que sólo vine aquí en busca de un hombre y una mujer. ¿Los viste?

—Claro que no. ¿Qué se cree que es esto? ¿El Trocadero?

—Gracioso, muy gracioso.

—No lo dije por gracia, sino para que nos dejen en paz de una vez.

—Tienes mucho coraje, ¿eh, enano?

—De un momento a otro nos van a llamar para ir al cuadrilátero y George necesita relajarse. ¿Quieren salir, por favor?

—De acuerdo. Ya nos vamos. Pero sin empujar o te hago tragar el linimento.

André se dirigió a la puerta donde estaba su compañero, pero de pronto se detuvo al oír un gemido.

—¿Qué es eso?

Charles se apresuró a tocarse la mano.

—Creo que he sido yo. Me hice daño en una muñeca. —Ah, bueno.

En el cuarto de la ducha se encontraba El Enmascarado tendido en el suelo, y Elizabeth, agachada a su lado, trataba de cubrirle la boca.

—Por favor, cálese. No diga nada, o me meterán en el cementerio.

Por fortuna para ella, George no hacía uso de su fuerza ya que estaba medio dormido.

En la otra habitación, André y su compinche se disponían a salir cuando la puerta se abrió de golpe y un hombre vestido de blanco dijo:

—El Enmascarado al cuadrilátero.

Charles, al oír aquello, gritó:

—¡El Cuadrilátero al Enmascarado!

André frunció el ceño.

—Pero ¿qué dice este tipo?

El manager se apresuró a intervenir:

—George está muy nervioso.

—Sí, ya lo veo.

—Es el combate más importante de su vida.

El hombre vestido de blanco, exclamó:

—Al *ring*. La Bestia Humana ya está preparado.

—¿La Bestia Humana? —repitió Charles.

El manager le palmeó la espalda.

—Vamos, muchacho, recuerda que para ti será como un bloque de mantequilla.

Charles dobló la cabeza mientras decía por lo bajo:

—¿Qué intenta hacer...? Yo no puedo subir al *ring*. Raymond recogió una toalla del suelo y aprovechó aquel instante para decir:

—Suba y deje que el otro le gane en seguida.

—Ni hablar. Para cuando me gane, me habré convertido en un despojo.

André Cara de Bulldog exclamó:

—Eh, ustedes, ¿qué están murmurando?

Raymond levantó la cabeza.

—Le estoy dando las últimas instrucciones secretas a mi pupilo.

El compañero de André se estaba masajeando el mentón.

—Eh, jefe, estaba pensando en una cosa.

—¿A qué te refieres?

—Nadie ha visto la cara de El Enmascarado.

—¿Y qué?

—Podemos aprovechar esta visita para conocerlo.

—Caramba, no está mal. ¿Has oído, George...? Quítate ese antifaz.

Fue lo que necesitaba Charles para echar a andar.

—Vamos, Raymond, al *ring*...

—Eh, espera un momento —dijo André—. Te vas a quitar la máscara.

—Y un cuerno me la voy a quitar —dijo Charles—. Ahora no puedo. Pero ya me verá luego... Nos están esperando.

Sin detenerse, Charles empujó a André pegándole un manotazo en el pecho y salió seguido del manager.

Mientras iba por el pasillo, Charles dijo:

—Sosténgame, Raymond. Las piernas se me doblan.

Raymond le pasó la mano por la cintura.

—Ánimo, muchacho. Recuerda lo que te he dicho: Un poco de carrera en el *ring* y, cuando La Bestia Humana te meta mano, te dejas caer.

—Está bien. Correré doce o treces palmos, y luego, a la cama a descansar.

Salieron a la sala donde se encontraba el público.

Los espectadores rugían de entusiasmo.

En el *ring* ya se encontraba La Bestia Humana.

Los entusiastas del Enmascarado rugían al verlo aparecer:

—¡Duro con él, Enmascarado!

—¡Pisotéalo, muchacho...!

El manager pegaba con el codo a Charles.

—Saluda, hombre, saluda.

—¿Cómo quieres que salude, si no puedo levantar ni el brazo?

—Se van a extrañar. El Enmascarado siempre saluda pegando saltos.

Charles se puso a dar saltitos y a mover la mano hacia los partidarios del hombre que suplantaba.

Subieron por la escalerilla del *ring*, pero al llegar junto a las cuerdas, Charles se detuvo vacilante.

—¿Cómo entro ahí?

—Salta por encima de las cuerdas.

—Si salto me mato.

—Muy bien. Entra por el medio, entonces.

Charles apartó las cuerdas e introdujo una pierna por ellas, pero luego la soltó y se hizo un lío. Fue tan grande que prendió entre las cuerda al manager.

Los dos rodaron por el suelo como pelotas.

Los espectadores rieron desaforadamente ante aquel espectáculo inesperado.

Un zumbón gritó desde la primera fila haciendo bocina con las manos.

—¡Eh, Enmascarado! ¿Es que no comiste hoy?

Raymond ayudó a levantarse a Charles.

—Muchacho, empieza a dar saltos.

—¿Otra vez con los saltitos?

—Es lo que hace El Enmascarado.

—¿Y qué más hace?

—Se pone a dar besos al público.

—Conque salió besucón, ¿eh?

—Vamos, empieza.

Charles se puso a dar besos al público saltando por el *ring*.

Los espectadores que estaban por él, le ovacionaban.

En un momento determinado, Charles, sin darse cuenta, se puso a mandar besos a La Bestia Humana. Fue entonces cuando se fijó en él y sintió un escalofrío por la espalda, porque realmente aquello no era un hombre, sino una bestia. Tenía una cabeza enorme en forma de huevo, y una cara con una frente muy ancha, y una nariz muy chata, y un mentón muy saliente. Sus ojos eran pequeños y las cejas enormemente espesas. Aquellos ojillos miraban de una manera maligna.

Los besos no debieron gustar a La Bestia Humana, porque dio un rugido.

Charles siguió mandando besos a un lado y a otro mientras retrocedía, pero al llegar a las cuerdas, pegó el salto que no había pegado antes y pasó limpiamente a la otra parte.

—¡George! —gritó Raymond.

Charles fue a echar a correr para dirigirse de nuevo a los

vestuarios, pero se detuvo al tropezar contra un hombre. Alzó los ojos y vio que era René.

—¡Vuelve aquí! —gritó el manager desde lo alto.

Para ese entonces, el público estaba entusiasmado y los gritos salían de todas partes.

Charles sonrió a René y movió muy aprisa las piernas subiendo la escalerilla.

Esta vez el manager estaba preparado y le abrió las cuerdas para que pasase por el hueco, pero Charles se dio tanta prisa en regresar que cayó de bruces en el *ring*.

El árbitro apareció en el cuadrilátero. Vestía de blanco y usaba corbata de lazo.

Con una mano manejaba el micrófono, del que pendía un largo cable.

—¡Señoras y caballeros! ¡Hoy van a presenciar el combate del siglo! ¡A mi derecha, el campeón del mundo del peso medio de la lucha libre, La Bestia Humana...!

Los espectadores prorrumpieron en una gran ovación acompañada por chillidos histéricos, mientras La Bestia Humana saludaba con los movimientos de un auténtico gorila.

—¡A mi izquierda, el aspirante al título que tras una meteórica carrera ha conquistado a miles de partidarios...! ¡El Enmascarado!

Otra vez los espectadores, aunque menos que antes, estallaron en gritos y aplausos.

—Es para ti, muchacho —dijo Raymond.

Charles estaba confuso por todo aquello que estaba pasando y se puso a aplaudir también.

—No, hombre, tienes que saludar —exclamó Raymond pasándole la palma por la cara.

Charles saludó, cogidas las dos manos.

—Raymond —dijo mientras tanto—. Tengo necesidad de ir al lavabo.

—No puedes. El árbitro te llama.

Efectivamente, el árbitro estaba llamando a los contendientes.

La Bestia Humana y su cuidador acataron la orden.

Raymond tuvo que empujar a Charles hacia el centro del *ring*.

—Eh, Raymond —dijo Borel—. ¿Qué probabilidad tengo de ganar a este tipo?

—Ninguna.

—¿Y si me lo cargo antes de empezar?

—Eso no se puede hacer.

—Yo lo haré.

Llegaron ante el árbitro, el cual era un tipo fornido, casi sin nariz, porque se la habían achatado a fuerza de golpes en su época de boxeador.

—Salúdense.

La Bestia Humana soltó un rugido.

Charles creyó llegado el momento de librarse de aquel tipo, o lo que fuese.

Saltó en el aire y pegó un tremendo puntapié en el pecho de La Bestia Humana, pero ésta no se movió ni un centímetro.

Sin embargo, Charles cayó en el suelo, pegando aullidos de dolor.

—¡Me ha partido el pie...! ¡Ese bruto me ha partido el pie...!

—¡Levántese inmediatamente o le descalifico! —exclamó el árbitro.

—Descalifíqueme, porque no pienso levantarme...

—No me puedes hacer eso, George —le dijo Raymond agachándose sobre Charles.

—Ya verás si puedo.

Raymond suplicó:

—¡George, si te descalificasen antes de empezar, sería mi ruina! En ninguna parte me admitirían como preparador.

—Claro, a mí me convierten en picadillo para albóndigas y tú puedes seguir tu carrera.

—No harás tal cosa.

—No, claro, no va a hacer picadillo conmigo. Me va a convertir en una lámina.

—Por favor, muchacho.

Al mismo tiempo, Raymond tiraba de Charles y, por fin, éste se levantó.

El árbitro sacudió un dedo ante la cara de El Enmascarado.

—Oiga, amigo. No me gustan los trucos. Otro de esta clase y le juro que le mando a dormir.

—Eso. Mándeme a dormir. Tengo mucho sueño.

—¡A callar!

En aquel momento entraron un montón de fotógrafos en el *ring* que dispararon sus flashes.

—Retírense —dijo el árbitro—. Va a empezar el combate.

—Espere un momento —dijo Charles—. Quiero una foto para mis hijos.

—Pero si usted no tiene hijos —tartamudeó el árbitro.

—¿Usted qué sabe de eso? ¿Por qué se mete en mi vida privada?

Charles estaba cada vez más nervioso ante la inminente paliza que iba a recibir.

Se acercó a un fotógrafo, le atrapó la máquina y se disparó a sí mismo una fotografía.

—¡Fuera todo el mundo! —gritó el árbitro y, quitándole la máquina a Charles, se la arrojó al periodista.

Raymond cogió de un brazo a Charles y lo llevó a un rincón.

Los fotógrafos fueron saliendo del cuadrilátero.

Se apagaron las luces de la sala, quedando iluminado el *ring*.

Charles vio fuera a un tipo que tenía una escoba. Se agachó, apoderándose de la escoba y se puso a barrer el piso de lona.

Las carcajadas del público eran atronadoras.

El árbitro se puso a gritar enfurecido.

—¡Suelte esa escoba...! ¡Suelte esa escoba!

—¿No ve el polvo que hay? Esto no lo barrieron... ¡Son ustedes unos sucios!

La Bestia Humana echó a andar hacia Charles, le quitó la escoba de un tirón y la rompió en dos trozos haciéndola chocar contra su pierna. Luego tomó aquellos dos trozos y los volvió a partir con otro golpe. Finalmente, arrojó por encima de las cuerdas los restos, y retrocedió con las fauces abiertas, haciendo una mueca terrible a Charles.

El público aplaudió el gesto fiero del campeón, mientras se recrudescían los silbidos destinados a El Enmascarado.

El árbitro hizo una señal a los hombres que estaban ante la mesa, y uno de éstos hizo sonar la campana.

Era la señal para que empezase el combate.

La Bestia Humana se movió desde su rincón, pero El Enmascarado se quedó quieto como una estatua.

—Eh, Charles, ¿qué haces? Vete al encuentro de La Bestia Humana.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Alguien me clavó al suelo.

La Bestia Humana llegó ante Charles y se quedó un poco perplejo al ver que éste no se movía. Lo cogió por los brazos y le levantó. Charles pareció un tótem, como si se hubiese convertido en madera. La Bestia Humana le arrojó al suelo y Charles rodó por el piso.

Fue a levantarse, pero La Bestia Humana le atrapó por detrás, le puso la rodilla en la espalda y le arrojó de bruces.

—Te voy a hacer mi llave favorita, Enmascarado —dijo La Bestia—. Te voy a poner las piernas alrededor del cuello, como si fuese un lazo.

Charles vio un trozo de pierna y le pegó un mordisco, pero soltó un grito. Se había mordido su propia pierna.

La Bestia Humana continuaba manipulando con los brazos y las piernas de Charles.

—¡Eh, árbitro! —gritó El Enmascarado—. Apárteme este tipo de encima...

Sin embargo, el árbitro no le hizo caso.

El público ovacionaba a La Bestia Humana, que tan bien había atrapado a su rival.

Charles volvió la cabeza y dijo:

—Eh, Bestia, ahí está tu novia. En la primera fila.

Su contrincante miró hacia aquel lado dejando sueltas las piernas de Charles, y éste escapó, pero lo hizo de una forma muy extraña, porque sus piernas estaban hechas un nudo.

Por fin, pudo desatarse y se levantó, pero las rodillas se le doblaron.

La Bestia Humana, después de buscar inútilmente a su novia, se volvió dando un aullido.

—Me has engañado. Ahora me las vas a pagar.

Instantáneamente, Charles recuperó la fortaleza de sus piernas y echó a correr alrededor del *ring*.

La Bestia Humana fue detrás de él y el árbitro detrás de los dos.

Charles frenó y se volvió rápidamente.

La Bestia Humana golpeó el estómago contra la cabeza de Charles, y cayó sobre el árbitro, y los dos se vinieron abajo.

Los partidarios de El Enmascarado aplaudieron estruendosamente.

Charles se puso a mandar besos.

Raymond gritaba desde el rincón:

—¡Ahora es tu oportunidad, George...! ¡No le des cuartel!

—Ya voy —dijo Charles, y se fue hacia La Bestia Humana.

Éste, enfurecido por el golpe que había recibido, atrapó a Charles por el cuello, y le arrojó por encima de las cuerdas.

Charles rodó por el suelo hacia los espectadores.

Fue a parar junto a una chica muy mona. Era Elizabeth. La joven ya había cambiado su indumentaria, el albornoz por un jersey con la efigie de El Enmascarado en el pecho y unos *shorts* que dejaban al descubierto sus maravillosos remos.

—Charles, ya está ahí.

—Claro que está ahí. ¿Me lo vas a decir a mí? Esa Bestia Humana es de lo más bestia que he visto.

—No me refería a tu contrincante, sino al espectador de la butaca veinticuatro de la fila tercera. Traje el paquete conmigo. Se lo voy a dar.

—Espera, voy contigo.

En aquel momento, Raymond, el manager, lo atrapó por el brazo.

—Vuelve al *ring*, muchacho.

—Va a volver tu tía.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Claro, lo estoy haciendo muy bien para que la Bestia me convierta en un tirabuzón. ¿Es que no viste lo que hizo ese canalla? Me quiere poner una corbata en mi cuello, y el lazo serán mis piernas...

El público silbaba y gritaba, pidiendo que El Enmascarado volviese al *ring*.

—¿Es que no lo oyes. Charles? Quieren que vuelvas.

—Claro. Lo que quieren ver es cómo ese animal me arranca la piel.

De pronto, Elizabeth gritó:

—Charles, ahí están ellos. Cara de Bulldog y René.

—Lo que faltaba —dijo Charles.

—Creo que me han descubierto.

La joven echó a correr.

—¡Espera, Elizabeth!

Charles vio avanzar a René por el corredor hacia donde él se encontraba.

Estaba claro que habían visto a Elizabeth, y ellos, naturalmente, lo tomaban por El Enmascarado.

Tuvo una idea, y la puso en práctica. Se quitó el antifaz y levantó el brazo hacia los matones.

—Hola, muchachos.

René y Cara de Bulldog se detuvieron mirando asombrados a Charles, el cual se tocó el pantalón diciendo:

—Y aquí tengo el paquete. Cogerlo, si podéis.

Inmediatamente, echó a correr hacia el *ring*, subió la escalera y se metió otra vez entre las cuerdas para enfrentarse con La Bestia Humana.

CAPÍTULO XIII

Elizabeth se disculpaba mientras seguía su avance por la tercera fila.

Al fin llegó junto a la butaca número 24.

Era ocupada por un hombre de unos cincuenta años, de cabello encanecido, ojos azules de mirada inteligente.

La joven se inclinó sobre él.

—¿Quién la envía?

—Alain Delluc, yo soy Elizabeth Pearson.

Aquel hombre era el jefe de los Servicios de Información de la República francesa, y aquel mismo día había sido el anfitrión de sus colegas, americano, ruso e inglés, en la recepción celebrada en un suntuoso hotel de París.

—¿Qué ha sido de Alain Delluc, señorita Pearson?

—Está muerto.

—¿Trae usted el paquete?

—Sí, pero quiero advertirle que todo el mérito corresponde a otra persona.

—¿A quién se refiere, señorita Pearson?

—A un camarero.

—¿A un camarero?

—Sí. Se llama Charles Borel.

El francés cerró los ojos y los volvió a abrir.

—El Blando.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo noticias de su familia. Pero ¿dónde está él?

—En el *ring*.

—¿Cómo?

—Ha sido perseguido por una banda de espías. No puedo contárselo ahora, porque es demasiado largo. Lo cierto es que Charles está ahí arriba, dispuesto a ser despedazado.

Los dos miraron hacia el *ring*, y lo que vieron no fue nada alentador. La Bestia Humana estaba jugando con Charles como si fuese una pelota. Lo lanzaba al aire y lo recogía una y otra vez.

—¡Dios mío! —exclamó Elizabeth—. No voy a tener Charles ni para empezar.

—¿Tiene usted ahí el paquete?

—Sí.

El francés cogió a la joven por el brazo.

—Escuche bien, Elizabeth... En ese paquete hay un frasco, y el frasco contiene una droga. Es un descubrimiento de uno de nuestros sabios... Se trata de una droga maravillosa. Un trago de ella y convierte a un hombre en un titán. Es por lo que esa banda de espías, han tratado de conseguirla al precio que fuese... Un ejército alimentado con esa droga sería invencible.

Elizabeth agrandó los ojos.

—¿Quiere decir que si un hombre que está muy débil bebe eso, se convierte en un tipo muy fuerte?

—Es justamente lo que trataba de decirte, y creo que su amigo Charles está pasando un mal rato.

Elizabeth sacó el paquete del bolsillo del pantaloncito y lo deslió rápidamente.

Ante sus ojos tuvo un frasco que contenía un líquido verdoso.

—No pierda tiempo, Elizabeth, o llegará demasiado tarde.

Elizabeth echó a correr hacia el *ring*.

Allí arriba, Charles estaba pasando el peor momento de su vida.

La Bestia Humana le había aprisionado entre sus garras y le estaba haciendo una nueva llave.

El campeón pudo haber terminado con su contrincante, pero, consciente de su enorme superioridad, había querido entretener un rato al público antes de convertir a El Enmascarado en astillas.

En aquel momento sonó la campana.

La Bestia Humana no dejó libre a Charles, y el árbitro tuvo que meterle los dedos en los ojos mientras decía:

—Basta ya, acabó el asalto. Cada uno a su rincón hasta que suene otra vez la campana.

La Bestia Humana dejó, por fin, libre a Charles y se dirigió a su banqueta, pero Charles continuó tendido en el suelo, porque estaba deshecho.

El manager se tuvo que meter por entre las cuerdas e ir al lado de Charles.

—Vamos, muchacho, al rincón.

—Esos kilómetros los vas a recorrer tú solo.

—No son kilómetros, sino cuatro metros.

—Para mí como si tuviese que ir a Pekín.

—Anímate, muchacho, un esfuerzo. Ya falta poco.

—Claro, falta muy poco para que ese animal me saque los sesos por las orejas.

Llegaron al rincón, y Raymond le puso la banqueta, pero Charles se dejó caer antes y se derrumbó nuevamente en el suelo.

Raymond le pasó la esponja por la cara, pero Charles vio el cubo y se lo volcó sobre la cabeza.

Los espectadores silbaban con todas sus fuerzas, protestando por el combate que estaba haciendo El Enmascarado, que ahora se había quedado sin el antifaz.

De repente, Charles oyó una voz:

—Querido.

Era Elizabeth. La vio llegar por la escalera.

—Estoy muy contento de que estés aquí, Elizabeth. Te voy a dictar mi testamento.

Elizabeth le cogió la cabeza.

—Charles, bebe de esto.

Charles vio el líquido verde del frasco y dijo:

—No me gusta el refresco de menta.

—No es refresco de menta. Bebe y calla.

Le hizo beber a la fuerza.

Charles trató de impedirlo, pero no tenía fuerzas para enfrentarse con Elizabeth.

Charles se quitó el frasco de la boca.

—Ya basta.

—Un trago más.

—Ni hablar.

—Levántate.

—No puedo levantarme. Que traigan una grúa.

Ahora sí que puedes. Inténtalo. Acabas de beber una droga maravillosa.

—No me harás levantar por sugestión.

De pronto. Charles dio un respingo y luego otro.

—¿Qué es lo que me pasa? —Se estremeció de nuevo—. Dios mío, todo me da vueltas.

—¡Es la droga, Charles! ¡Es la droga!

Los ojos de Charles giraron en las órbitas. Las aletas de su nariz palpitaban como las de un caballo.

Sonó la campana para reanudar el combate.

La Bestia Humana salió de su rincón, sonriendo.

Charles se levantó e hinchó los pulmones de aire.

Elizabeth y Raymond le miraron con expectación.

La Bestia Humana se encaminó hacia Charles, moviendo los brazos fanfarronamente.

Charles le dejó llegar, lo atrapó de una oreja y dio un tirón. La Bestia Humana, cabeza y brazos incluidos, salió disparada. Aquel conglomerado de carne y huesos golpeó en unas cuerdas y fue a parar a las de enfrente. Finalmente, se derrumbó en el suelo, pero se levantó en seguida pegando rugidos de furia.

Charles se carcajeó de él.

La Bestia Humana retrocedió unos pasos y echó a correr hacia Charles. Se lanzó hacia adelante, y su cabeza chocó contra su contrincante. Todos pudieron ver que el efecto fue como si La Bestia Humana hubiese chocado contra un muro.

Sonó un tremendo golpe, y el campeón cayó en el piso sin que Charles se hubiese movido.

Elizabeth aplaudía en la escalerilla. Había dejado la botella de la droga a su lado.

De pronto, una mano fue a cogerla, pero la joven se dio cuenta y la atrapó antes.

—Ven aquí, preciosa.

Era André. Cara de Bulldog.

Elizabeth lanzó un grito cuando el matón la atrapó por un tobillo. Dio un tirón, logró desembarazarse y se metió en el *ring*.

—¡Socorro, Charles! ¡Ya están aquí!

André estaba abajo, con ocho de sus hombres y se quedó indeciso.

En aquel momento surgió de la primera fila de butacas una anciana. Era *lady* Farago, la huésped del hotel en que Charles Borel trabajaba como camarero.

—¡André, estúpido! —gritó la vieja—. Es ella quien tiene el frasco. Todos arriba y acabar de una vez. Rápido. No puedo perder la droga ahora.

André y los ocho matones treparon por la escalera.

El público rugía de entusiasmo, porque Charles estaba sujetando con una sola mano a La Bestia Humana contra el suelo.

El árbitro pegó las tres palmadas, lo cual significaba que El Enmascarado había ganado el combate.

La joven Elizabeth corría por el *ring*.

—¡Charles!

Charles se volvió a tiempo de ver que el *ring* era invadido por André y un enjambre de matones.

Cogió a uno de ellos por el cuello y lo lanzó por el aire, a unos setenta metros, cruzando por toda la sala, como un proyectil.

André trató de cogerlo por las piernas, pero fue Charles quien lo tomó por los pies, y utilizándolo como escoba, barrió a cuatro matones.

Los espectadores estaban roncacos de tanto gritar en favor de El Enmascarado, que ahora era el único ídolo.

Charles siguió arrojando tipos fuera del *ring*.

Raymond aplaudía, pegando saltos en el rincón.

Charles atrapó a René y a Y ves y les hizo entrechocar las cabezas. Luego, les dio impulso y los tiró por encima de las cuerdas.

Fuera del cuadrilátero, los policías se estaban encargando de todo lo que caía.

La anciana *lady* Farago, dándose cuenta que había perdido el juego se dispuso a escapar, pero en ese momento una mano se posó sobre su hombro.

Lady Farago miró al hombre, a quien identificó como el jefe de los Servicios de Información de la República francesa.

—¿Quiere dejarme en paz, caballero?

—Señor Farago, queda usted detenido.

—¿De qué había? ¿Es que no ve que soy una mujer?

—A mí no me puede engañar —dijo el francés, y con la otra mano quitó la peluca a la supuesta *lady* Farago.

Entonces se vio que el francés tenía razón. *Lady* Farago era un hombre.

Dos agentes de uniforme estaban detrás del espía enemigo

dispuestos para hacerse cargo de él.

El francés se dirigió hacia la primera fila de butacas, donde estaban sentados sus colegas, el americano, el ruso y el inglés, a quienes había invitado a aquella sesión de lucha libre.

El americano dijo:

—Esto ha sido una parodia de lucha. En mi país se pelea mucho mejor.

—Perdón, amigo mío —repuso el francés—. Pero yo les traje aquí porque tenía que cumplir un servicio.

—¿Un servicio?

—Yo debía ocupar la butaca veinticuatro de la fila tercera para recibir un paquete muy importante. Nuestro agente había sido asesinado, pero por fortuna alguien ocupó su lugar, alguien a quien ustedes conocen.

—¿Quién? —preguntaron a una el americano, el ruso y el inglés.

—Más difícil todavía. El mismísimo Charles Borel III, alias El Blando, que esta noche fue también alias El Enmascarado.

Sus tres colegas agrandaron los ojos, mirando asombrados al *ring*.

—¡Demonios, es cierto! —exclamó el ruso—. Ninguno de nosotros le había identificado con esa indumentaria de luchador.

El francés dio un suspiro.

—Ya lo ven ustedes. Se trata de una auténtica dinastía. Un hombre que es camarero, al fin rindió el más precioso servicio a su patria, como su padre y su abuelo. El Blando fue otra vez el más duro —su juego de palabras fue recibido con sonrisa por sus compañeros.

Charles había terminado de limpiar el *ring* y estrechaba entre sus brazos a Elizabeth.

Las ovaciones del público se sucedían ininterrumpidamente.

Entonces, Charles Borel unió sus labios a los de la mujer deseada, a los de Elizabeth Pearson.

FIN

¡LORENA

ES UN ÁNGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE LA VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON ÉL! AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OPROBIO Y LA DESHONRA MÁS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA SEMANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMAS, Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR CUALQUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CAR Y CES, A LA HORA DEL SERIAL.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

